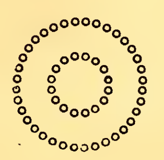
E. CONTRERAS Y CAMARGO

SOBRE LA LEY

DRAMA EN TRES ACTOS

ESTRENADO CON GRAN ÉXITO EN MADRID, POR LA COMPAÑÍA MARTÍNEZ TOVAR-RUIZ TATAY, EL 7 DE MARZO DE 1924



MADRID

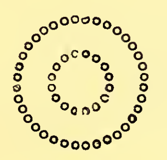
SOBRE LA LEY

E. CONTRERAS Y CAMARGO

SOBRE LA LEY

DRAMA EN TRES ACTOS

ESTRENADO CON GRAN ÉXITO EN MADRID, POR LA COMPAÑÍA MARTÍNEZ TOVAR-RUIZ TATAY, EL 7 DE MARZO DE 1924



MADRID

PERSONAJES

EMILIA	(26 años)....	Srta. Delgado Caro.
PETRA	(54 »)....	Sra. Caro.
ROSILLA	(15 »)....	Srta. Melgarejo.
MARUJA	(7 »)....	Niña Gloria Ponte.
ANTONIO	(40 »)....	Sr. Ruiz Tatay.
DON EVARISTO	(50 »)....	» Martínez Tovar.
LORENZO	(35 »)....	» Sala.
NICASIO	(55 »)....	» García.

La acción en Madrid.—Época actual.

Imp. de G. Hernández y Galo Sáez.—Mesón de Paños, 8.—MADRID

ACTO PRIMERO

Un camaranchón aguardillado, en una vieja casa de vecindad.

Al fondo, ventana por cuya vidriera se ve lejanía de población. A la derecha, puerta a la escalera; a la izquierda, dos puertas de comunicación con otras habitaciones. Muebles humildes: mesa de comedor con tapete, alacena, cómoda, sillas, espejo...

Al levantarse el telón, la escena está sola. Se oyen unos golpecitos en la puerta de la derecha. Por la de la izquierda sale MARUJA, toma una silla, la pone junto a la puerta derecha, se encarama en ella y abre.

Entra la señá PETRA, mujer del pueblo, cincuentona, el delantal recogido.

ESCENA PRIMERA

MARUJA, SEÑÁ PETRA

PETRA. ¿Pero estás sola, chica?

MARUJA. Con Pedrín.

PETRA. ¿Y tu madre?

MARUJA. Ha salido.

PETRA. ¿A las tiendas?... ¿A buscar labor?

MARUJA. Sí, señora.

PETRA. Si la consigue, menos mal. Pero puede que vuelva con las manos vacías. ¿Y tu hermanito?

MARUJA. Ahí dentro, en la cama.

PETRA. Le oígo toser mucho. ¿No está mejor?

MARUJA. Lo mismo.

PETRA. ¿Qué dice el médico?

MARUJA. No viene ya hace muchos días.

PETRA. Claro. ¡No ha de cobrar!... ¿Y qué dijo cuando le vió la última vez?

MARUJA. Que lo que necesitaba no eran jaropes, sino buenos caldos y buena leche y paseos al sol... y no sé qué más.

PETRA. ¡Sí, hija! ¡Lo que necesitamos tóos... buenas tajadas y buen cuido! Pero irle con esas recetas a los pobres como nosotros, es ganas de amolar. ¿Y para eso estudian tanto?... ¡Eso es lo que digo yo, sin saber de letra!... Oye, ¿habéis cenao?...

MARUJA. Yo he comido un poco de pan; Pedrín, el vasito de leche que Rosa le trajo...

PETRA. Esa es su enfermedad... hambre, y ná más que hambre... Pues hija, lo que es hoy no puedo daros ni una miga... Justamente he venío a ver si tu mamá podía prestarme unos cuartos, pa arreglar unas sopas... porque, como Dios no lo dé... Y lo que me dije: «Hoy por ti, y mañana por mí»...

MARUJA. Claro.

PETRA. Pero, por lo visto, hoy, ni por una ni por otra... ¡Ese borrachón de Nicasio, que se viene anoche sin una perra!... Dos días de jornal, por junto, y se los dejó en la

tasca. ¡Y quería dormir la mona a mi lao!... ¡Como no, morena! Le di con el portón en los hocicos: «Donde te has gastao los cuartos, pasas la noche. ¡Ala!»... ¿Qué te parece a ti?... ¡Claro, tú de esto no entiendes entavía, aunque de pasar hambre y miseria ya debes saber más de lo que hace falta. ¡Es un contra Dios que las criaturas vengan al mundo para esto!... ¿Digo verdad?

MARUJA. Sí, señora; creo que sí.

PETRA. Yo no he tenido hijos... pero si los llego a tener, ¡piedras arranco con los dientes, antes de verlos pasar hambre!... ¡Conque teniendo juventud, como tiene ésta!... Bueno, vamos a ver si la señora Ufrasia puede sacarme del apuro... Hasta luego, hija. (*Va a salir en el momento en que entra Rosilla, con unos cuantos periódicos bajo el brazo. Marujilla se va a un rincón y se pone a jugar con unos juguetillos viejos.*)

ESCENA II

DICHOS y ROSILLA

ROSILLA. (*Es una muchacha de quince años, lista, espigada y alegre como un pajarillo.*) ¡Señá Petra! ¡Señá Petra!...

PETRA. ¡Hola, tú!... ¿Qué te pasa?

ROSILLA. La gran noticia... Un automóvil incendiao, en los Cuatro Caminos, por atropellar a dos transeuntes... Un hombre que ha pegado dos tiros a un guardia... La cogida del «Nacional», en Méjico...

PETRA. ¿Y eso te pone tan alegre?

ROSILLA. ¡Claro!... Hoy puedo echar papel de firme. Hay venta segura. ¿Me puede usted prestar tres pesetas?

PETRA. ¡Hija, pa préstamos estoy yo!

ROSILLA. ¡Qué lástima! Es un gran día. Siempre que hay sucesos gordos, se despacha lo que se quiere... Es como antes, cuando se daban de palos los concejales o se armaba bronca en el Congreso... Por lo poco, dos duros de ganancia... ¡Mire usted que no aprovechar la ocasión!...

PETRA. ¡Qué vamos a hacerle!... Así como así, no tardará en presentarse otra. Cá día más atropellos y más crímenes y más desgracias.

ROSILLA. Cuando no hay toros, el público se contenta con eso. Y mire usted lo que son las cosas: antes voceaba usted las declaraciones de Maura, el discurso de Romanones o la visita de don Melquiades a Su Majestá, y le quitaban el papel de las manos... y hoy, si los mienta usted tan siquiera, como si mentara la bicha, no vende usted una hoja...

PETRA. ¡Tien la negra... y que les dure muchos años!

ROSILLA. De esta mañana, tóo esto me ha sobrao; pues esta noche había de echar cuatro veces más, y lo despachaba en un vuelo. ¿No está doña Emilia?

PETRA. No.

ROSILLA. ¡Si ella me pudiese prestar las tres pesetas... con lo que tengo yo, el gran negocio!

PETRA. Me parece que, por hoy, te puedes ir despidiendo de hacerte rica.

ROSILLA. Bueno; pues entonces me contentaré con lo que toas las noches. ¿A ver a cuánto llega mi capital? (*De la faltriquera saca unas monedas y las cuenta.*) Pa dos manos de «Acción» y «Corres» y tres de «Heraldo» y «Voz», y gracias.

PETRA. Así te cansarás menos de dar voces. Ya dicen que no hay mal que por bien no venga...

ROSILLA. Yo no me canso del voceo.

PETRA. Ya lo he visto. Ni de llevarte el día en la calle. ¡No sé cómo puedes estar zascandileando desde que Dios amanece!

ROSILLA. ¡Como que es lo mejor que hay, señá Petra! ¡Ser libre!... Bastante tiempo me han tenío encerrá... ¡Quién sería la mala persona que me metió en el asilo al nacer! ¡No conocía mi carázter!... Miá que pensar que iba a poder vivir entre tantas

madres, yo, que no he conocío a la que me echó al mundo!...

PETRA. Pero tenías buena cama y comida caliente, y te daban buena educación...

ROSILLA. Tóo eso no vale lo que vivir como vivo ahora, sin que nadie me mande, ni me obliguen a trabajar tóo el día, y a hacerlo tóo a toque de campana... Usted no sabe lo triste que es eso... Y, sobre tóo, que lo que me daban sé ganármelo, que es más decente, y me queda tiempo pa ver el mundo.

PETRA. ¡Pa lo que hay que ver, hija!

ROSILLA. ¡Anda!... ¡Pues allá dentro! Siempre las mismas caras, la misma sujeción, que ni respirar la dejan a una; menos reír... Del cielo, un pedacito entre las cuatro paredes del patio... ¡Quite usted! ¡Pues no se goza mucho en la calle, viendo tanto señorío y tantos coches y tanta alegría!... ¿Y en el Retiro, y en la Moncloa?... ¡Aquellos jardines y aquel sol!.... ¿Y los domingos en la Bombi, o en las Ventas, viendo la gente de los toros?... ¿Y a la puerta de los teatros, donde se ven tantas mujeres hermosas, con unos vestidos y unas alhajas que te dejan paralizá?...

PETRA. ¡Verlo pa no gozarlo!....

ROSILLA. Pues a mí me da mucha alegría... Y estando libre es más fácil que pueda gozar alguna vez de algo de eso, que no en

aquella cárcel. ¿No cree usted que muchas de esas, que son felices, habrán sío antes pobres como yo?

PETRA. ¡Ah, claro!

ROSILLA. A veces pienso que puedo tener suerte y encontrar un hombre que me quiera y que se case conmigo...

PETRA. ¡Tóo pué ser!

ROSILLA. ¿Pues tan fea soy?... Yo creo que no soy tan fea...

PETRA. No, hija, no. En cuanto te laves la cara, tóos los días, y te desarrolles un poco...

ROSILLA. Lavarme, ya me lavo... ¡Y no se crea usted que no tengo lo mío!...

PETRA. De ilusiones se vive.

ROSILLA. Lo que es que con estos trajes tan deslucíos y tan holgaos... no se nota.

PETRA. Eso será.

ROSILLA. Y si me caso con un hombre que sea bueno, que me quiera mucho, ¿no tendré yo mi casita, soleá y alegre, aunque sea en un quinto piso de la Ribera de Curtidores?...

PETRA. O en la Gran Vía. ¡Vete tú a saber!... Y que allí los quintos no son precisamente cuarteleros...

ROSILLA. ¿Y mi buena ropa, y mi buen calzao?...

PETRA. ¡Sueña, hija, sueña!...

ROSILLA. ¿Y en la cocina mi buena lumbre, con la olla puesta, pa cuando venga él?... ¿Y tóo muy limpio y muy reluciente?... ¿O es

que usted se cree que, porque soy inclusera, no puedo aspirar a ná de eso?... ¡También lo pienso yo algunas veces... y me dan ganas de llorar!...

PETRA. ¡Vaya, no te aflijas! Si eres una mujer de bien, ¿por qué no has de encontrar un hombre que te quiera? También los hay en la Inclusa del otro sexo...

ROSILLA. ¡Eso digo yo!... ¿Por qué no he de encontrarle?

PETRA. ¡Como que si te fuiste del asilo, yo creo que fué pensando en que ibas a tropezar con ese hombre en la misma puerta! (*Se oye, dentro, toser al niño. Marujita, que al principiar esta escena se ha sentado en un rincón y está jugando con sus juguetes, se levanta y va hacia la alcoba.*)

MARUJA. ¡Ay, Pedrín tose!...

PETRA. ¡Ese pobre chico!...

ROSILLA. ¡Ya, ya!... Eso sí que debe ser triste, tener un hijo enfermo y no poderle dar lo que necesita... Si a mí me sucede eso, ¡qué sé yo!...

PETRA. ¡Chica, no corras tanto, no vaya a sucederte antes de tiempo!

ROSILLA. No hay cuidao. Vaya, voy a dejar las ropas aquí... (*Por los periódicos que deja en el suelo.*) para hacerme la cama cuando vuelva. Cá día tengo el cuarto en un hotel. Hoy me toca con doña Emilia, y

como no hay lumbre, habrá que echar tóas las mantas...

PETRA. ¿Te vas?

ROSILLA. Ya pronto, que dentro de un cuarto de hora sale la «Corres», y hoy se vende tóo. Antes voy a ver a Pedrín... (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA III

PETRA Y DON EVARISTO

(*Don Evaristo es un viejecito infeliz, simpático; viste raído, pero muy limpio, con capita algo corta, y un pañolito de seda al cuello. Usa gafas; es muy corto de vista.*)

PETRA. ¡También ésta es otra desgraciá, que no se lo figura!

D. EVAR. ¿Se puede?

PETRA. Pruebe usted. Yo creo que sí.

D. EVAR. Muy buenas...

PETRA. Eso quisiéramos, don Evaristo.

D. EVAR. Me alegro verla a usted. He llamado en su casa...

PETRA. ¿Y no le han contestao?... Eso es que se ha dormido la doncella...

D. EVAR. ¿Y doña Emilia?

PETRA. No está.

D. EVAR. ¡Diantre!...

PETRA. ¿Viene usted con los papelitos otra vez?...

D. EVAR. Sí, hija, sí...

PETRA. Pues me parece que también hoy va usted a dar en hueso...

D. EVAR. ¡Vaya por Dios!... Después de subir tantas escaleras...

PETRA. Y ¿por qué se molestó, buen hombre?

D. EVAR. No tengo otro remedio. Con su permiso. (*Busca una silla, saca el pañolito, sacude el asiento y se acomoda.*)

PETRA. ¿Va usted a esperar?

D. EVAR. Claro, ¿qué he de hacer?

PETRA. De eso va usted a cansarse más que de la escalera.

D. EVAR. ¿Usted cree que tampoco hoy?...

PETRA. Tampoco. Están los tiempos muy malos. Yo no tengo una gorda, y doña Emilia me paece que también pasa.

D. EVAR. ¡Bien lo siento! Yo, por mí, no molestaría a ustedes; pero hija, el amo...

PETRA. Es un desconsiderao y un egoísta como tóos. ¡No piensa mas que en cobrar los alquileres!...

D. EVAR. Sí, señora, sí. Los ricos no tienen entrañas.

PETRA. ¡Que zurzan a tóos los caseros! ¡Mire usted que empeñarse en sacarnos tres duros por estos cuchitriles que antes valían treinta reales!... ¡Y tóos los meses!...

D. EVAR. Es un abuso, tiene usted razón.

PETRA. Y usted lo reconoce y tiene la desfacha-

tez de venir a cobrarlos, y si no se le dan en seguida, vuelve usted una vez y otra... y le pone usted a una la soga al cuello.

D. EVAR. Y ¿qué he de hacerle yo, doña Petra, si el amo me manda? Yo no vendría nunca... No puede usted imaginarse el esfuerzo que tengo que hacer para cumplir la orden, para reclamar los atrasos, para exigir que paguen a los que sé que no pueden pagar, que no tienen siquiera lo necesario para comer... ¡La vida es muy dura, y le pone a uno en estos trances!...

PETRA. ¡No será porque le obliguen!

D. EVAR. Sí, señora, sí; por eso es. Obliga la necesidad a cosas que a uno le repugnan... Yo, que he sentido compasión por todo el que sufre, que me dolí de la desdicha ajena como de la propia, que procuré siempre auxiliar al necesitado en la escasa medida de mis recursos, ¡convertido en un ogro, en un perro de presa, por designio de la Fatalidad!...

PETRA. Pero ¿es que ese tío le puso a usted un puñal al pecho para que le cobrase los alquileres de sus casas?

D. EVAR. No; el puñal, como usted dice, me lo puso el hambre. ¡Si cuando tenía mi escuelita me hubieran dicho que había de verme obligado a vivir de este modo!... ¡Tan feliz como me hallaba con mis pequeños, que eran como de mi familia; tan dichoso

como me creía viendo cómo, por mis esfuerzos, por mi corto saber, por mi paciencia, sobre todo, iba despertando a la luz aquellas inteligencias infantiles!... ¡Esto sí que es grato!...

PETRA. ¿Y por qué quitó usted la escuela?

D. EVAR. Porque perdí la vista. Me quedé casi ciego... No podía enseñar... ¡Los muchachos son tan traviesos!... En vez de respetarme y atender mis explicaciones, pintaban monos en el encerado, y aprovechándose de mi ceguedad, convertían la escuela en plaza pública; hasta llegaron a colgarme muñecos de papel en la espalda... Y comprendí que no era posible. El Magisterio requiere autoridad afectuosa, respeto que yo no podía inspirar... Tuve que desistir de aquella ocupación tan agradable y tan honrosa, y buscarme otro medio de vida.

PETRA. Ya comprendo, ya.

D. EVAR. Don Sixto, que es propietario de la casa en que tenía yo mi escuela, necesitaba un hombre para que le cobrase los recibos; me ofreció este empleo y tuve que aceptarlo, porque la necesidad de los míos no admitía espera... ¡Mire usted por dónde, el pobre maestro, el hombre humilde y resignado, se vió convertido en el odioso perseguidor de los pobres, en este energúmeno que tiene usted delante!...

PETRA. ¡Cómo ha de ser!

D. EVAR. Eso digo yo, doña Petra... ¡Cómo ha de ser!... ¡Cosas de la vida!

PETRA. ¡Y yo que siempre le había tenido por un Lenin!...

ESCENA IV

LOS MISMOS y NICASIO

NICASIO. (*Dentro.*) ¡Petra!... ¡Petra!...

PETRA. ¡El gandumbas de mi marido!... ¡Estoy aquí!... Pasa, hombre, pasa... ¡Lástima de no tener a mano la escoba! (*Entra Nicasio. Tipo de jornalero. Cincuentón y bragazas.*)

NICASIO. Con permiso.

PETRA. ¿Ya pareciste, hombre?

NICASIO. ¡Muy buenas!...

PETRA. Sí, de muy buenas te has librao por cogerme fuera de casa... Creí que no volvías...

NICASIO. Pues ya ves... No puedo estar mucho tiempo apartao de ti...

PETRA. ¡Ya, ya!... ¡Sinvergonzón!... Usted disimule, don Evaristo, pero este hombre que me cayó en la tómbola, no merece que se le salude más que de este modo.

NICASIO. Bueno, mujer... como tú quieras... ¡Después que me hiciste pasar la noche al

raso... expuesto a coger una pulmonía!...

PETRA. ¡Lástima no la hubieras cogido y que te llevara pateta!...

NICASIO. No he querido darte un disgusto así... Eso que dice, no lo siente... Es una borrega que se viste de leoparda. Si se viese viuda estaría llorando lo menos un trimestre.

PETRA. ¡Que te crees tú eso!... ¡Pa lo que me sirves, tumbonazo!

D. EVAR. Doña Petra, tenga usted calma. No se haga usted peor de lo que es.

NICASIO. ¿Peor?... ¡No puede!

PETRA. ¡Si con este hombre no pué una ablandarse! Verá usted. ¿Vendrás sin una mota, como te fuiste?... ¿A que a pesar de ser sábado no traes ná?

NICASIO. Sí, traigo, sí...

D. EVAR. ¿Lo ve usted?

NICASIO. ¡Traigo unos dolores de la reuma... que no puedo moverme!

PETRA. ¡Ya decía yo!... Eso es lo que tú me traes, alifafes... ¡Viejo sin lacha! Las nueve pesetas del jornal te las habrás gastao en toa clase de vicios...

NICASIO. Como no me quisiste abrir y estaba lloviendo, he pasao la noche en el hueco de la escalera, y la humedad... ¿Usted se hace cargo?... ¡Tiés que darme unas friegas de aguardiente, mujer!

PETRA. ¿También por fuera quiés tomarlo?... ¡S

que te las voy a dar de que estemos solos!

NICASIO. En cenando, ¿eh?

PETRA. Eso. ¡Unas chuletas te tengo preparás, que te van a saber a gloria! Y esperándote estaba por si te apetecía algo más.

NICASIO. No, mujer; con eso, y tú que eres talmente una confitura... ¡saciao!

PETRA. Es que si quieres de postre un chocolate con mojicón, también puedo dártelo.

NICASIO. ¿Oye usté, don Evaristo? El que no la conozca, creerá que es una fiera, y de que se la pasa la mano por el lomo... (*Acariciándola.*)

PETRA. ¡Ta day!

NICASIO. Ná; una corderilla.

PETRA. ¡Luego te lo diré!... ¡Gandumbas, que al señor no le importa esto!

NICASIO. Espera, mujer, que hay que arreglar lo de la cena... ¡Dende ayer que no pruebo bocao!

PETRA. Pues esta noche te quedas harto.

NICASIO. Mira, Petra, que pa la reuma esto de la debilidaz es muy malo. (*Acariciándola. Ella le da un bufido.*) Anda, paloma, que necesito algo caliente.

PETRA. ¡Vamos!... ¡A ver si delante del señor!...

NICASIO. El señor no se asusta de que dos tórtolos se arrullen.

PETRA. ¡Quita, condenao, que me obligas a pasar la vergüenza de pedirle a la vecin-

dad!... Aquí vine a ver si doña Emilia me prestaba algo.

NICASIO. ¡Que si te lo prestará! ¡Pues si tié un corazón cuasi como el tuyo!

ESCENA V

LOS MISMOS Y ROSILLA

ROSILLA. (*Por la puerta de la derecha.*) ¡Pobre Pedrito!... Malo está. ¿No le parece a usted, señá Petra?

PETRA. Sí, hija, sí.

ROSILLA. Voy a hacerme la cama antes de marcharme. (*Arrastra una esterilla a un rincón, extiende los periódicos sobre ella y pone un envoltorio a modo de almohada.*) ¡Ajajá! Así no les despertará luego el ruido de los colchones al mullirlos. Como vendré cuando todos duerman... Hasta luego, señá Petra y la compañía...

D. EVAR. ¡Adiós, muchacha!... (*Rosilla sale por la puerta de la derecha y vuelve a entrar en seguida.*)

ROSILLA. ¡Ya sube doña Emilia! Voy a esperar a ver si trae dinero y quiere que hagamos a medias el negocio.

PETRA. Todos la esperamos como al maná... hija.

ESCENA VI

DICHOS y EMILIA

EMILIA. (*Entra con gesto de desesperación dolorosa.*) Buenas noches. (*Don Evaristo se pone en pie.*)

NICASIO. Felices, doña Emilia.

PETRA. No hay que preguntar; con verle la cara...

EMILIA. Perdone usted, don Evaristo, no había reparado...

D. EVAR. No hay de qué, señora.

EMILIA. ¿Me aguardaba usted?

D. EVAR. Sí.

EMILIA. Dispense... Voy un momento a ver a mis hijos. (*Entra por la puerta de la izquierda.*)

PETRA. Hará usted mal en decirla nada. ¿No ve usted cómo viene? Bastantes penas sufre la infeliz....

D. EVAR. ¡Ya lo veo, ya!

ROSILLA. Me parece que no hay negocio con doña Emilia.

EMILIA. (*Dentro.*) Anda, riquito, duérmete, que en seguida vengo. (*Sale a escena.*)

PETRA. ¿No ha tenido usted más suerte hoy?

EMILIA. ¡Más suerte!... ¡Hoy he visto que mi desgracia es irremediable! ¡Ya no puedo esperar en nada! ¡Si no fuese por esas infelices criaturas!... ¡No sé!... ¡Mil veces la

muerte antes que tanta humillación, que tan insufrible tormento!

NICASIO. ¡Agua!... ¡Pa pedirle prestao!...

PETRA. ¡Eso, nunca!... No se acongoje usted. Las desdichas pasan. Todos las sufrimos y pa nadie son eternas.

EMILIA. Las desdichas se pueden soportar, pero esto no. Ver a los hijos que sufren, que están enfermos, y no poder darles lo que precisan; ver que se nos mueren y no poder impedirlo, es superior a las fuerzas humanas... ¡Y oír a todas horas que nos piden pan y no pòder dárselo!...

PETRA. ¡Tiene usted razón... es pa desesperarse!

EMILIA. Perdone usted, don Evaristo, no estoy en mí. Había olvidado que me aguardaba.

D. EVAR. No se preocupe .. Lo que yo siento es no poder remediar su infortunio... pero cálmese usted... Dios no nos abandona nunca...

EMILIA. Yo me siento hoy abandonada de Dios. En todas partes me niegan el trabajo que solicito... Me resignaba a llevar a mi Pedrín al «Niño Jesús», a separarme de él, para que tuviera los cuidados que yo no puedo darle, y no me lo admiten.

PETRA. Pero ¿es posible eso?

D. EVAR. Estarán cubiertas todas las plazas...

EMILIA. Sí. Y el que está muriéndose ha de espe-

rar, y el que desfallece de hambre ha de esperar...

NICASIO. Mientras los ricos se llenan la panza y se divierten... ¡Y luego dicen que hay bolcheviques!

PETRA. Vaya, no se desespere. Luego volveré... Voy en casa de una vecina, y si puedo conseguir algo... Anda, tú... (*Salen Petra y Nicasio.*)

ROSILLA. (*Acercándose a Emilia.*) No se apure usted, doña Emilia; con lo que yo venda esta noche, podremos remediarnos. Volveré pronto...

EMILIA. Gracias, hija. (*Vase Rosilla primera derecha.*)

ESCENA VII

EMILIA y DON EVARISTO

EMILIA. Ya supongo lo que tiene usted que decirme, don Evaristo.

D. EVAR. Es muy penoso. Yo no quisiera aumentar sus tribulaciones...

EMILIA. Diga usted, diga usted.

D. EVAR. No. Es una crueldad. Volveré, volveré mañana.

EMILIA. Es inútil... Mañana ocurrirá lo mismo que hoy, que no podré pagarle los tres recibos que debo...

D. EVAR. Si hubiera usted podido recoger siquiera uno... yo hubiese logrado desarmar a don Sixto...

EMILIA. Imposible. No logro trabajo hace tres semanas. No tengo ni para dar pan a mis hijos. Pedrín está enfermo, y ahí están las recetas... Nada tengo ya que pueda valer lo que cuestan. He de soportar el tormento horrible de verle agravarse, de escuchar esa tos que me desgarra las entrañas... Vivo, si esta angustia es vivir, de la caridad de unos y de otros... ¿Qué puedo hacer?

D. EVAR. ¡Ya, ya! Bien lo comprendo... Y si en mi mano estuviera ayudarla, crea usted que lo haría. El caso es que... ¿Cómo vuelvo yo con los tres recibos?... Cuando le dije al casero que no podía abonármelos, y le expuse la situación dolorosa en que se encuentra, lejos de apiadarse y de transigir, me respondió malhumorado: —¡Y yo qué tengo que ver con las desgracias ajenas!... ¡Tengo mis casas para que los inquilinos me paguen puntualmente, y a usted para que al que no pueda pagar, me lo eche a la calle!... Esa señora de la guardilla es joven y guapa... Puede ganárselo.

EMILIA. ¿Eso ha dicho?...

D. EVAR. Y me obligó a que volviera a advertirle a usted que... que...

EMILIA. ¡Que me desahuciará!...

D. EVAR. Sí, señora. Me dijo que si no llevaba el dinero, mañana mismo entablaría la demanda.

EMILIA. ¡Esto más!...

D. EVAR. Ahora que yo estoy seguro de que si hubiera usted podido pagarme uno de los recibos...

EMILIA. Bien ve usted que no puedo. (*Pausa.*)

D. EVAR. Se me ocurre una idea... ¿Por qué no va usted a ver a don Sixto? Él, tan huraño y tan avaricioso, tiene también sus debilidades... Una cara bonita de mujer... lo desarma completamente... ¡Ya ve usted!... Yo estoy seguro de que al verla no se mostraría tan exigente.

EMILIA. Sí, ya sé que es uno de esos viejos repugnantes que persiguen hasta las chiquillas...

D. EVAR. Eso dicen, sí...

EMILIA. Yo no puedo apelar a semejantes procedimientos.

D. EVAR. ¡Verdaderamente!... No es que yo le aconsejara a usted que accediese a sus pretensiones, no; eso, no; es que creo que su presencia bastaría para que se aplacase su crueldad... Claro que haciéndole suponer que de ese modo podía conseguir algo, porque es de los que no sueltan prenda...

EMILIA. No sirvo, no sirvo para eso...

D. EVAR. Entonces...

EMILIA. ¿Será tan inhumano que me arroje a la calle?... ¡Esto es horroroso!... ¡Dios mío!

D. EVAR. (*Dándole uno de los recibos.*) Tome usted.

EMILIA. No comprendo.

D. EVAR. Le diré que ha pagado usted uno. Así se amansará el hurón.

EMILIA. Pero ¿y el dinero?...

D. EVAR. Yo lo pongo. Ya me lo devolverá usted cuando pueda.

EMILIA. No... Se lo agradezco con toda mi alma, pero para usted es un sacrificio que no puedo aceptar.

D. EVAR. Sí, señora; sacrificio lo es, pero ¡qué diablo!... Esas recetas de su hijo, ¿quiere usted dármelas?...

EMILIA. ¡Pero don Evaristo!...

D. EVAR. No se apure. Un sobrino mío es practicante de farmacia; creo que me las fiará.

EMILIA. (*Dándole las recetas.*) ¡Cómo pagarle!... ¡Qué bueno es usted!...

D. EVAR. ¡Vaya, vaya! ¡No es para tanto! Eso lo hace cualquiera. ¡Lo que me sorprende es que no se me haya ocurrido antes!

EMILIA. ¡Toda mi vida se lo agradeceré!

D. EVAR. ¡Señora, por Dios! ...

EMILIA. ¡La salud de mi hijo!... ¿Puede haber favor más grande para mí?...

D. EVAR. Pero lo que yo hago no vale nada, nada.

(*Vase don Evaristo. Emilia le despide en la puerta.*)

EMILIA. ¡Señor, Señor!... ¿Hasta cuándo vas a someterme a este tormento?... ¿No soy digna de que te apiades de mí?... ¿No he sufrido aún bastante?...

ESCENA VIII

EMILIA y PETRA

PETRA. (*Entra por la derecha.*) ¡Cuando a una se le pone el santo de espaldas!... ¡Ni la señora Justa, ni «la Santera», ni el señor Restituto!... He tenido que pasar otra vez por la vergüenza de pedirle al tendero lo que me hacía falta... aunque me había propuesto no pasar siquiera por su puerta, porque antier me dijo muy sofocao, que no me fiaba un grano de arroz como no llevase los cuartos. Total, porque una le debe una porquería... no llegará a tres duros... Pero hija, tóo antes que acostarse dos días con el estómago vacío. Arreglando estoy unas patatas con colas de bacalao, que en cuanto las tenga le pasaré una miaja pa los chicos.

EMILIA. ¡Dios se lo pague a usted, señora Petra!

PETRA. ¡Qué va usted a decirme!... ¡Eso no vale ná!...

EMILIA. ¡Es tanto lo que tengo que agradecerle!...

PETRA. Tóos tenemos que ayudarnos. Ahora que esto no es mas que pan pa hoy y hambre pa mañana... Usted tié que pensar en resolver la vida de otro modo.

EMILIA. ¿Cómo? ¡Si todas las puertas se me cierran!

PETRA. Dejándose de cavilaciones y echando por la calle de en medio... Buscando un hombre de bien que la saque a usted del apuro...

EMILIA. ¡Imposible!

PETRA. ¡Claro que a la que siempre ha sido como Dios manda, tiene que hacérsele muy cuesta arriba; pero cuando no queda otro camino!...

EMILIA. ¡Y no lo hay!... Quince días hace que no tengo labor. Me canso de recorrer las tiendas inútilmente.

PETRA. Pero si es que aunque la tuviera. ¿No ha visto usted que con eso no se puede vivir, ni aun matándose?

EMILIA. ¡Es verdad! Trabajando todo el día y toda la noche, cuando no me faltaba, con los ojos abrasados y el cuerpo dolorido de tantas horas de quietud, no tenía ni para mal comer.

PETRA. Y luego pague usted casa... que de algún modo hay que llamarle a estas pocilgas, y pague usted luz, y vístase, y atienda a los chicos...

EMILIA. Eso es lo que más me desespera. Que ellos sufran, que pasen hambre y frío... ¡Eso no!... Por ellos debo sacrificarme a todo... ¡Antes que verlos padecer, lo que sea!...

PETRA. Sí, señora; usted tiene derecho a vivir.

EMILIA. Más que ese derecho, tengo la obligación de velar por mis hijos, de defenderlos de la escasez, del sufrimiento, a costa de todo.

PETRA. Sea como sea. ¡No hay más! Si yo fuese que usted, hace mucho que no pasarían hambre... Siendo joven y guapa, ¿iba a dejar yo que se marchitase mi juventud trabajando como una negra, por guardarle fidelidad a quien no la merece?...

EMILIA. Y por conservar un nombre honrado para mis hijos.

PETRA. Ya ve usted pa lo que sirve el nombre honrao y la buena conducta. En cambio, si de cualquier forma supiera usted librarse de la miseria y gastara usted lujo y llevase bien repleto el bolsillo, tóos serían a adularla, aunque supieran que se lo debía al diablo.

EMILIA. ¡Es triste!

PETRA. ¡Pero es así! La honradez nadie la paga ni la premia. No sirve mas que pa morirse muy decentemente en un rincón.

EMILIA. Así es, por desgracia.

PETRA. Y si entavía el granuja de su marido se

hubiese portao bien con usted, aún comprendo que le guardara alguna consideración; pero dejarla abandoná, y no volver a acordarse ni de usted ni de los hijos... ¡Se necesita ser desalmao!...

EMILIA. No, no lo era Lorenzo. Falto de voluntad, cobarde para la lucha de la vida, pero malo, no. Al quitarle el empleo de que vivíamos, tuvo miedo a las obligaciones, a la miseria...

PETRA. Y tomó el portante. ¡Muy señor!... ¡Muy hombre!

EMILIA. Unos parientes que tenía en Méjico le ofrecieron una buena colocación, y no hubo manera de retenerle. Al principio me escribía...

PETRA. Pero pesetas, ¡ni mentarlas!

EMILIA. Después, ni aun eso. Le escribí una y otra vez, sin lograr que me contestase, y al cabo sus parientes me comunicaron que se había ido de la capital y que ignoraban su paradero. ¡Y hasta hoy! Hace ya tres años.

PETRA. ¡Qué charrán!... Ni por las criaturas... El mejor, como San Lorenzo, asao a la parrilla.

EMILIA. ¡Quién me lo hubiera dicho antes de casarme con él, que parecía tan cariñoso!

PETRA. ¡Y aún va a andarse con miramientos!... A ganarse la vida como pueda... aunque no sea mas que por los chicos.

EMILIA. Sí, tiene usted razón; sí, estoy convencida de que es verdad cuanto me dice, de que no me queda otro recurso que echarme al arroyo... ¡Pero es que me cuesta mucho trabajo resignarme a eso, es que me causa repulsión y vergüenza... es que hasta creo que por firme que fuera mi propósito, no serviría.

PETRA. Hija, pa eso no hay mujer que no sirva teniendo lo que a usted le sobra: juventud y hermosura... ¿No ve usted que basta con dejarse querer?... ¡No se le habrán acercao pocos moscones por la calle!... Pues con que en vez de apretar el paso, o de soltarles un bufido, les hubiera usted puesto la cara amable... ¡ya estaba!

EMILIA. Sí, es verdad. Pero hasta para eso hay que servir y tener suerte.

PETRA. Lo que hay que tener es decisión.

EMILIA. Estoy muy estropeada. He sufrido mucho.

PETRA. ¡Uy¡... En cuantito se diera usted unos meses de buena vida, y se cuidara el cutis, y se acicalase, volvería a estar tan fresca como a los veinte.

EMILIA. Eso no es para mí... Me repugna.

PETRA. Tampoco le digo que anduviera usted con unos y con otros... pero buscarse un buen arreglo... ¡qué duda tiene!... Dejar de ser honrá pa sacar alante a los hijos, cuando siéndolo no se puede no es un crimen, ni siquiera un pecao, porque Dios no pué

desigir que se les deje pasar hambre, por no perder eso que llaman el decoro.

EMILIA. ¡No, no puede exigirlo!

PETRA. ¡Es claro!

EMILIA. Pero... crea usted que preferiría morirme a vivir así.

PETRA. ¡No diga eso! ¿Qué sería de esas infelices criaturas si les faltara usted?... Por ellas ese sacrificio, ese pecao, es una virtud.

EMILIA. ¡Por ellos llegaré donde disponga el Destino! ¡Qué remedio!

PETRA. Y me voy, que se me van a pegar las patatas... ¡Ah!... Del casero, ¿qué?

EMILIA. Vino a decirme don Evaristo que está dispuesto a desahuciarme.

PETRA. ¡Qué canalla de tío!... ¡El premio a la honradez!... ¿Está usted viéndolo?... ¡Ay, si yo me encontrara en su pelleja, a ese le hacía yo mi primera víctima!... ¡Con lo que le gustan las mujeres!... (*Volviéndose hacia Emilia que se ha dejado caer en una silla y está llorando.*) ¡Amos, no sea usted criatura!... No llore... ¡Si llorando no se remedia ná, hija!... (*Transición. Olfateando.*) ¡Ay, que huele a pegao!... ¿Se me estará achicharrando aquello? Estaría de Dios que no cenáramos esta noche... (*Sale corriendo.*)

EMILIA. ¡Llorando no se remedia nada!, ¡nada! ¡Y el remedio a costa de mi dignidad!... ¡De

mi honra!... ¡Venderme por un poco de pan para mis hijos!... ¡Qué caro es el pan de los pobres!... ¡Y no hay más remedio! Mañana no tendré que darles cuando me pidan... ¡Y eso no, no! (*Se levanta, se dirige hacia el espejo, se pone el velillo y se arregla nerviosamente.*) ¡A buscarlo, sea como sea! (*Se asoma al cuarto de los niños.*) Duermen tranquilos... (*Va sigilosamente hacia la puerta, toma la llave, abre; dirige una mirada al dormitorio; se enjuga los ojos.*) ¡Dios me lo perdonará por ellos! (*Sale resueltamente.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. La luz apagada.

Al levantarse el telón la escena está sola. Hay una pausa. Se oye el ruido de una llave en la cerradura de la puerta. Ésta se abre, y entra Rosilla, procurando no hacer ruido. Trae en la mano una cacharrita de leche, dos paquetitos y un pan. Cierra la puerta. Anda de puntillas y a tientas.

ESCENA PRIMERA

ROSILLA

ROSILLA. Estarán durmiendo... Temprano se acostó hoy doña Emilia... No sé si despertarla, para que le dé esto a Pedrín... (*Por la leche.*) Y yo que me he apresurao a despachar la venta por traer esto antes de que se acostaran. Un chorizo, queso y un pan. No es una cena del Ritz, pero hace lo suyo en el estómago. Pa ella y pa Maruja, que yo me avié antes con un panecillo y dos arenques... ¿La despierto?... La dejaré, no se incomode. A la cama, que estoy cansá... ¡Lo que he vendío!... Si llego a tener siquiá un duro, más bea-

tas me traigo que las que había en el Asilo... Bueno, está bien, Rosilla, te ganaste siete... ¡Has estao superiora! (*Se ha dirigido al sitio en que puso antes la esterilla y los periódicos, levanta éstos, se acuesta, y se cubre con ellos.*) ¡A dormir!... ¡Caray, qué poco mullido está el colchón, y qué frías las sábanas!... (*Pausa. Se oyen unos golpecitos en la puerta de la escalera. Rosilla se incorpora y escucha.*) Se me figura que han tocao el timbre. ¿Qué visita será a estas horas?... (*Vuelven a golpear en la puerta.*) Sí... Vamos a ver... ¡Ya va, que estoy echándome el salto de cama!... (*Se levanta y abre la puerta. Entra la señá Petra.*)

ESCENA II

ROSILLA Y SEÑÁ PETRA

ROSILLA. Estamos acostaos... ¿Qué quería usted?

PETRA. Hija, ese gandumbas de Nicasio, que está en un grito. No hay quien pegue los ojos. Se conoce que lo de la reuma es verdad; y no tengo con qué darle unas friegas. Dije: puede que doña Emilia tenga un poco de alcohol, o de vinagre.

ROSILLA. ¿Vinagre pa el reuma?

PETRA. Digo yo que será lo mismo. U petróleo... u papel de lija. El caso es frotarle con algo.

ROSILLA. Pues no sé. Voy a mirar en el botiquín... ¿Usted no tiene una bayeta?

PETRA. ¿Pa qué?... ¿Pa frotarle?

ROSILLA. No; pa ponérsela en el lao dolorido.

PETRA. ¡Qué voy a tener yo! (*Rosilla mira en el armarito que hay en la pared.*)

ROSILLA. No veo ná... Lléguese a la bombilla...

PETRA. ¡Chica, no tengo el auto aquí!...

ROSILLA. ¡Que dé la luz, mujer! (*Petra enciende.*) No hay mas que dos botellas vacías.

PETRA. Mira bien, muchacha.

ROSILLA. ¡Que no hay gota de ná! ¡Oiga! ¿Le serviría un poco de leche?... He subido medio cuartillo pa Pedrín...

PETRA. No sé yo si eso...

ROSILLA. ¿No dice usted que cualquier cosa?... Yo se las daría mejor con estropajo. ¿Quiere usted que llame a doña Emilia?

PETRA. Pero ¿está durmiendo?

ROSILLA. Supongo. Ya me choca que no haya despertao con el ruido y la luz... (*Asomándose a la segunda puerta de la izquierda.*) Pero ¡si no está!... (*Se dirige a la otra puerta de la izquierda.*) Aquí tampoco...

PETRA. ¿Que no está?

ROSILLA. No, señora... Digo, ¡como no esté debajo de la cama! No hay otro sitio donde es-

conderse... Porque en la cocina, ¿pa qué?

PETRA. ¡Es raro que ella salga a estas horas! ¿Dónde pué haber ido?...

ROSILLA. Cuando vine, me creí que estaba acostá. Me dije: se conoce que pa no sentir tanto el hambre...

PETRA. ¿Habrá ido a la botica?

ROSILLA. Puede...

PETRA. Pero si no tenía un céntimo... Además, yo estuve aquí hace poco y no me dijo ná.

ROSILLA. A ver si...

PETRA. ¿Qué?...

ROSILLA. ¡Si ha hecho algún disparate!

PETRA. ¡Calla, chica!

ROSILLA. Cuando me fuí yo a echar la venta, la dejé muy desesperá.

PETRA. Sí, lo estaba. Pero yo la calmé. Estuve un rato, y al irme parece que se quedó tranquila.

ROSILLA. ¡Qué sé yo!... Es mucho lo que sufre la pobre...

PETRA. ¡Si no fuera por los críos ya puede que lo hubiera hecho, y gordo!

ROSILLA. Como que no sé cómo puede aguantar lo que le pasa. No es como si hubiera sido siempre una desgraciá... Haber estao muy bien y luego verse en la miseria... ¿Sabe usted que me da el corazón que aquí ha sucedío un suceso que pué salir mañana en los papeles?... ¿Y qué haríamos?... Había que ir a averiguarlo... ¡Pues mire

usted que si se ha matao!... ¿Qué iba a ser de esos pobres niños?...

PETRA. ¡Calla, mujer!... ¡Qué cosas se te ocurren!

ROSILLA. ¡Yo los recogería!... ¡Que desamparaos no se iban a quedar!... ¡Y echarlos a un asilo... como me echaron a mí!... ¡Vamos, que yo no soy capaz de esa mala «ación»!...

PETRA. Chica, no disparates... ¡Qué ha de haberse matao doña Emilia, ni ná parecío!...

ROSILLA. Pues a ver, ¿dónde está?...

PETRA. ¡Iba a dejarse ella a sus dos criaturas en medio del arroyo!...

ROSILLA. Calle usted... (*Escuchando.*) Alguien sube... Será ella.

ESCENA III

DICHOS Y DON EVARISTO

D. EVAR. (*Trae un paquete como de un específico y un frasco envuelto en un papel, que saca de debajo de la capa.*) ¿Se puede?

ROSILLA. Sí, señor; adelante.

PETRA. ¡Otra vez aquí!... ¿Pero es que ese tío se ha empeñao en cobrar esta noche?...

D. EVAR. No, señora; no vengo a eso... Traigo unas medicinas para el enfermito.

ROSILLA. ¿Pa Pedrín? ¡Vengan, vengan!

D. EVAR. ¡No vayas a romper los frascos, muchacha!

ROSILLA. ¡Si se creerá usted que soy una alelá! (*Don Evaristo se sienta después de sacudir la silla con el pañuelo.*)

D. EVAR. Mejor es que llames a doña Emilia.

PETRA. Pero ¿usted no la ha visto?

D. EVAR. A eso vine...

ROSILLA. No está.

PETRA. Entonces esas medicinas... ¿no las ha comprao ella?

D. EVAR. He podido conseguir que me las fíe un pariente mío que es dependiente de farmacia... y me he apresurado a traerlas para que esta misma noche pueda tomarlas el pequeño...

PETRA. ¡Don Evaristo... es usted un gachó con tóa la barba!... Yo no hubiera creído nunca que fuese capaz de una cosa así. ¡Un hombre que tantos disgustos me tié daos!

D. EVAR. ¡Yo no los daría nunca, doña Petra... y bien lamento tenerlos que dar en nombre de otro!... (*Rosilla, que ha entrado en la alcoba, sale, se pone a buscar algo en la alacena, y, por último, se ha acercado a la puerta de la escalera y ha escuchado con atención.*)

ROSILLA. Señá Petra, que su marido está llamándola a voces... ¿No oye usted?

PETRA. Eso quisiera, no oírle... Ea, me voy. Le

frotaré con una rodilla. ¡Quede con Dios, don Evaristo!...

D. EVAR. Buenas noches.

PETRA. ¡Y que no se queja el condenao!... ¡Ya voy, tumbonazo, ya voy!... (*Vase Petra.*)

ESCENA IV

ROSILLA y DON EVARISTO

D. EVAR. ¿Tardará mucho doña Emilia, muchacha?

ROSILLA. ¡Ay, señor, no lo sé!...

D. EVAR. Pero ¿no te dijo dónde iba?

ROSILLA. Si cuando vine ya no estaba.

D. EVAR. Bueno, pues entonces no aguardo. Tú le darás eso de mi parte.

ROSILLA. ¿No le parece a usted que mientras viene doña Emilia debía yo darle un poco de esto a Pedrito?

D. EVAR. No, hija, no, que ella sabrá cómo tiene que dárselo.

ROSILLA. Bueno, como usted mande. Yo también lo sé: con una cuchara.

D. EVAR. Siento no verla, pero es tarde. Dile que no se apure y que ya vendré por aquí... ¡Adiós, hija!

ROSILLA. Se lo diré... ¡Cuidao con la escalera, que se da cá tropezón!...

D. EVAR. Dímelo a mí, que estoy casi ciego... (*Vase don Evaristo.*)

ESCENA V

ROSILLA

ROSILLA. ¡Que no hay quien me quite de la cabez que a doña Emilia le ha sucedío algo!... ¡Salir ella de noche dejándose a los chi cos acostáos... y sin habérselo dicho a l señá Petra pa que estuviese a la mira!... ¡Menos mal que yo estoy aquí!... Pued que confiada en que volvería pronto... L esperaré acostá... que por quedarme en pie no va a venir antes, y estoy que no puedo tenerme... (*Se dirige a su ca mastro y se acuesta.*) ¡Ay!... Que se me ha olvidado apagar la luz. (*Se levanta se asoma a la alcoba de los niños, apa ga la luz y vuelve a acostarse.*) Padre nuestro que estás en los cielos... santifi cado... sea... (*Pausa. Se la oye roncar.*)

ESCENA VI

EMILIA, ROSILLA y ANTONIO

(*Se abre sigilosamente la puerta. Aparece Emilia y detrás Antonio, tipo de obrero, sencillote y simpático. Viene éste alumbrando con una cerilla.*

Al entrar, mira con extrañeza un tanto recelosa a todas partes y hace un gesto desdeñoso.)

EMILIA. Procure no hacer ruido.

ANTONIO. Ya, ya. No tengas cuidado. (*Emilia da la luz. Atiende a la alcoba donde duermen sus hijos.*) ¿Es esta tu casa?

EMILIA. Sí, señor.

ANTONIO. A buena altura vives... Creí que no llegábamos nunca.

EMILIA. (*Reparando en Rosilla.*) Tendré que despertarla... ¡Rosilla, Rosilla!... ¿No me oyes? (*Antonio se fija en la muchacha y se encoge de hombros. Emilia zarandea nuevamente a Rosilla, que despierta y se despereza.*)

ROSILLA. ¿Eh?... ¿Quién es?... ¡No hay modo de dormir esta noche!

EMILIA. Levántate, hija.

ROSILLA. ¿Qué pasa?... ¡Ah!... ¡Gracias a Dios!... ¡Creí que le habría ocurrido algo!...

EMILIA. Nada, hija... Levántate... Esta noche no puedes dormir aquí.

ROSILLA. ¡Ya veo, ya!... (*Aparte.*) Es noche de visitas. (*Por Antonio, mirándole recelosa.*) ¿Quién será este hombre?... De médico no tiene facha...

EMILIA. Vete con la señora Petra.

ROSILLA. ¡Cualquiera duerme allí, que su marido está en un grito! Hace poco estuvo pa ver si tenía usted algo con que darle unas

friegas. Y también don Evaristo, pa trae le esas medicinas.

EMILIA. ¡El pobre!... ¡Cuánto tengo que agrad cerle!... ¿Ha tosido Pedrín?

ROSILLA. Nada. Yo le subí un poco de leche, pe como dormía... Y pa usted y pa Maruj eso. (*Señalando los paquetes.*)

EMILIA. Muchas gracias, Rosilla; Dios te lo pa gue...

ROSILLA. ¡Bah!... (*Rosilla se pone a recoger lo periódicos que le servían de sábanas.*)

ANTONIO. Esta chica, ¿es hermana tuya?

EMILIA. No; es una pobre huérfana, a la que da mos albergue algunos vecinos de la casa

ANTONIO. Parece muy espabilá.

ROSILLA. ¡A ver!... ¡Cuando la despiertan a una!..

EMILIA. Sí que lo es. Se gana su vida honrada mente.

ROSILLA. Bueno, que usted descanse.

EMILIA. Adiós, hija, y perdona.

ROSILLA. ¡Voy a dormir con música! (*Vase.*)

ESCENA VII

EMILIA y ANTONIO

ANTONIO. Bueno, mujer... ¿De modo que vives aqu sola?

EMILIA. Sí, señor.

ANTONIO. Esto es un palomar, chica. ¡Hay escale

ras!... Descansaremos un poquito, ¿no te parece!

EMILIA. Como usted guste.

ANTONIO. (*Sentándose.*) Sí... Yo no tengo prisa, mañana es domingo y no hay que madrugar... y tú no has de perder el tiempo que pases conmigo. Saca alguna cosilla de beber...

EMILIA. No hay nada.

ANTONIO. ¡Diantre! ¿Tú no bebes?

EMILIA. No.

ANTONIO. Bueno; podíamos haber subido algo, pero ya no es cosa de bajar... Fumaremos un cigarrillo. Toma. (*Saca un paquete de cincuenta y le ofrece un pitillo.*)

EMILIA. (*Rechazándolo.*) Gracias.

ANTONIO. ¿Tampoco fumas?...

EMILIA. No, señor.

ANTONIO. Entonces, ¿qué haces?... Te advierto que, si he de decirte la verdad, eso del tabaco no me resulta en las mujeres. Prefiero que huelan a limpieza, a perfume. Pero siéntate, charlaremos... ¡De verdad que me gustas! ¡Estás bien plantada!... (*Emilia toma una silla y se sienta junto a la mesa, frente a él.*) Más cerca, muchacha. Los que han de ser buenos amigos no deben estar tan separados. Y tú y yo vamos a serlo... ¿No te parece?

EMILIA. Estamos bien así.

ANTONIO. Es que quiero examinarte a la luz, a ver

si te encuentro tan guapa como me h parecido en la calle. (*Se levanta y acerca a ella.*)

EMILIA. ¡No lo soy! Déjeme.

ANTONIO. ¡Ven acá, mujer! ¡No seas arisca! A r me agradan las mujeres amables. Si qui res que sea un buen amigo tuyo, tiene que ser más cariñosa. A las chicas gu pas como tú les está bien un poco de z lamería.

EMILIA. No sé fingir lo que no siento. Dispéns me usted.

ANTONIO. ¡Usted, usted!... Tampoco me va eso d cumplimiento. Tú por tú, niña, como Dio manda.

EMILIA. No tengo costumbre.

ANTONIO. ¡Qué me dices!... ¿Tú tratas de usted los amigos?

EMILIA. Yo no tengo amigos.

ANTONIO. Pues ¿de qué vives? ¿De tus rentas?

EMILIA. Hasta hoy he vivido de mi trabajo.

ANTONIO. ¿Hasta hoy?

EMILIA. Sí, señor.

ANTONIO. ¿Quieres decir que la primera de tus con quistas soy yo?

EMILIA. Así es.

ANTONIO. (*Suelta una risotada de incredulidad.* ¡Ja, ja, ja!... ¡Me haces reír, muchacha!.. Ese es un sistema muy viejo.

EMILIA. Es la verdad.

ANTONIO. Para sacarle mejor los cuartos a los que

se lo crean... Por lo visto me tomas por tonto.

EMILIA. ¡Oígame usted!... ¡Yo no tolero insultos! Porque me haya obligado la necesidad a lo que nunca hubiera querido hacer, no tiene usted derecho a ofenderme.

ANTONIO. ¡Chica, no te exaltes, que la cosa no es para tanto!... En el arroyo te he encontrado yo... digo, me parece... para que ahora te atufes...

EMILIA. Sí, es verdad... Tiene usted derecho a tratarme como lo que soy... como a una desdichada... Pero no podía imaginar que esa desgracia diese motivo a ningún hombre que tenga corazón para hacer escarnio de ella.

ANTONIO. Tomas el rábano por las hojas, muchacha. Yo no te he insultao, ni es ese el camino.

EMILIA. ¿Eso no es un insulto?

ANTONIO. No, mujer... Yo, al menos, no lo he dicho por ofenderte... Si es verdad, mejor... Pero como todas dicen lo mismo... que si el hambre, que si la falta de trabajo... Cuentos casi siempre...

EMILIA. ¿Y no pueden ser historia nunca?

ANTONIO. No digo yo que alguna vez no lo sean... claro que sí...

EMILIA. ¡Historias bien tristes!...

ANTONIO. Vamos, cuenta la tuya. ¿Te has visto abandoná por algún mal hombre?... Mu-

chas dicen eso... otras que el marido les salió un descastao, o un borracho que las maltrataba... Y a veces es verdad... A ti, ¿qué te ocurrió?... ¿Por qué te dedicaste a esto? Vamos, cuenta, mujer, no seas reservona...

EMILIA. Mi vida no puede interesarle. Usted no vino aquí a escuchar historias, ni a dolerse de desdichas ajenas.

ANTONIO. ¿Me crees un egoísta, un desalmado que no se interese por el prójimo?... Pues te equivocas. Mi carácter franco me hace parecer rudo, pero no soy un bestia.

EMILIA. Yo no digo tal cosa.

ANTONIO. Ya lo sé; pero la pensaste... Y no es así. Debes tener más confianza... Sí que no pareces muy satisfecha, ni vives con la holgura que deberías siendo tan guapa como eres; pero eso puede consistir en el genio. Si con todos te muestras tan arisca como conmigo, no es extraño. Anda, mujer, sé un poco más amable... Cuéntame tus penas, que todos las sufrimos, y yo sé apreciarlas...

EMILIA. ¿Para qué?

ANTONIO. (*Viendo que mira insistentemente a la puerta.*) Estás nerviosa; ¿qué te ocurre?

EMILIA. No, nada.

ANTONIO. Que me tomas por un pelmazo y tienes impaciencia... No te preocupes. Te daré lo que quieras si te portas bien, porque

lo mereces por guapa. (*Mirándola codicioso, insinuante.*) ¡Sí que lo mereces!... Bien vestidita y con todos esos aliños de que vosotras echáis mano cuando queréis parecerlo más, darías tú muchas desazones... ¡Claro, que no siendo adusta... que por eso no te ha ido bien!... ¡Vamos, alegra esa carita!

EMILIA. Es que yo nunca podré acostumbrarme a esto...

ANTONIO. Todo es proponerse, muchacha... que a todo se acostumbra uno... Siéntate junto a mí a ver si empezamos a entendernos... Yo soy mejor de lo que tú supones... (*Se escucha un ruido en la alcoba de los niños. Ella mira con ansiedad, él se levanta y mira también receloso.*) ¿Eh?... ¿Qué es eso?... ¿Quién anda ahí?

EMILIA. No, nadie... No se asuste...

ANTONIO. ¡Me dijiste que vivías sola, y no es verdad!... ¡Y a mí sorpresas, no!...

EMILIA. ¿Cómo sorpresas? ¿Qué se figura usted?

ANTONIO. Me figuro que en ese cuarto hay alguien, y quiero verlo, aunque también me figuro quién...

EMILIA. Váyase usted si teme, pero ahí no tiene usted que entrar.

ANTONIO. ¡Ah, vamos!... Comprendido... Pero te advierto que no me asusto. Y antes de irme he de saber qué clase de encerrona

me preparabas. (*Se dirige a la puerta. Ella se interpone.*)

EMILIA. ¡No!... ¡Aquí no entra! Y no le tolero más insultos. ¡Márchese ahora mismo!...

ANTONIO. Ahora, ¿verdad?... Cuando se ha descubierto el ajo... Pues no me voy... El que sea, se las verá conmigo... Si creisteis que me íbais a coger como a un pipiolo, mal os salió la cuenta. No soy hombre que se acobarda frente a otro hombre... Ya puedes avisar a ese guapo...

EMILIA. ¡Pero por Dios!... ¡Cuánta bajeza, cuánta infamia!... ¿Qué groserías dice este hombre?... ¡Déjeme usted! ¡No puedo aguantar más!... Haga el favor de irse...

ANTONIO. Sí, mujer; si tu amante no quiere pendencia...

EMILIA. ¡No!... Espere... Yo no puedo consentir que me crea capaz de eso... Venga usted... Mire... (*Abre la puerta de la alcoba. Antonio se acerca y mira al interior.*)

ANTONIO. ¡Dos criaturas!...

EMILIA. Mis hijos... Nada más... Puede usted convencerse.

ANTONIO. Ya lo veo.

EMILIA. Y ahora, ¡váyase!

ANTONIO. No, perdone... Ahora no debo irme... Ahora debo rogarla que disculpe mi brusquedad... Que no haga caso de lo que antes le dije... No sé cómo pedirla a us

ted que me perdone... Estoy avergonzado de mí mismo... Pero... ¡ya se ve!... Como usted se opuso a que entrara, me hizo pensar...

EMILIA. ¡Porque eso es sagrado!...

ANTONIO. Sí, naturalmente... Sus hijos... ¡Cómo había de imaginarme yo!... De modo que usted...

EMILIA. Por ellos me decidí esta noche a lo que no es posible para mí... a este trato indigno...

ANTONIO. ¿Por ellos?... Quiere decir que esas criaturas...

EMILIA. Sufren hambre... No tenía que darles de comer... He agotado todos los recursos... No consigo trabajo, y eso me decidió a echarme a la calle. Esa es mi historia. Ya la conoce... Créalo o no, es la verdad. La triste verdad...

ANTONIO. Lo creo, sí... Estas cosas no pueden ser fingidas. ¡Cuando median los hijos!... Ahora comprendo su actitud, su poca confianza....

EMILIA. Mi repulsión.

ANTONIO. Y esas pobres criaturas, ¿no tienen padre?

EMILIA. Lo tienen, sí, señor, que es lo más doloroso...

ANTONIO. Un mal hombre que la engañó a usted y abandona a esos inocentes.

EMILIA. Mi marido.

ANTONIO. Entonces es mayor su infamia, a no ser que usted le hubiese dado algún motivo grave.

EMILIA. Su ambición, su miedo a la pobreza fué lo único que le apartó de mí...

ANTONIO. ¡Qué cobardía!... Eso no es de hombre honrado... ¿Y hace mucho que la dejó?

EMILIA. Va para tres años que ni siquiera sé dónde está.

ANTONIO. Y en todo ese tiempo, ¿cómo ha vivido usted?...

EMILIA. Muy penosamente; trabajando de día y de noche, pero muy contenta mientras no me faltó, porque era el pan de esas criaturas, su abrigo, su hogar. Desde hace tres semanas no lo he podido conseguir, y, por si era poco, el niño se me puso enfermo.

ANTONIO. ¿Y esta noche?...

EMILIA. Los he acostado sin cenar. Ya era imposible resignarse.

ANTONIO. ¡Es triste! Comprendo su desesperación. Eso hay que remediarlo. No sería yo un hombre digno si no lo hiciera. (*Saca dinero del bolsillo y se lo ofrece.*) Usted va a permitir... Las tiendas estarán cerradas ya, pero de una taberna puede subirles algo caliente. Vaya, suba usted también un poco de vino. Yo, si usted me deja, la aguardo aquí.

EMILIA. No, gracias. Ya por esta noche... Esa

muchacha que vió usted antes me trajo alguna cosa... Si despiertan los niños, para ellos basta.

ANTONIO. Pero eso frío a media noche... Baje usted, ande... Un poco de caldo, unos trocitos de gallina... Tampoco a mí me sentará mal un traguito... ¿O es que tiene usted desconfianza de mí?

EMILIA. No, eso no.

ANTONIO. Pues vaya usted... Yo me quedo al cuidado. Y no tema nada. También yo sé lo que son los hijos...

EMILIA. ¡Ah!... ¿Usted?...

ANTONIO. Tuve una nena... ¡Ya no vive! A los seis años me la quitó una meningitis. ¡Era una alhaja! Toda mi ilusión, toda mi alegría.

EMILIA. ¡Qué pena!

ANTONIO. Por eso, en cuanto he visto a esas criaturas...

EMILIA. Perder un hijo debe ser un dolor horrible.

ANTONIO. ¡Que dura siempre!... No se puede comparar con ninguno... Ande... vaya por eso. Es antes que todo evitar que los pequeños pasen hambre... ¡Comprendo que hasta se robe por evitarlo!

EMILIA. Voy... ya que insiste. No tardaré. (*Se dirige a la alacena, toma unos cacharros y sale. Pausa.*)

ANTONIO. ¡Sí que es la noche de jolgorio que me había prometido yo!

ESCENA VIII

ANTONIO y MARUJA

MARUJA. (*Dentro.*) ¡Mamá... mamá!

ANTONIO. La pequeña se ha despertado... (*Se dirige a la alcoba y dice con voz cariñosa.*) ¿Qué quieres, hija? Mamá ha salido, pero vuelve pronto. ¿Qué quieres?

MARUJA. ¿Y usted quién es?

ANTONIO. Un buen amigo de tu mamá. ¡Cuando estoy aquí! No te dé miedo...

MARUJA. Tengo hambre.

ANTONIO. Pues anda... Ven conmigo. Tu mamá bajó para traeros de comer... En seguida sube. (*Toma a la niña envuelta en las ropas, sale con ella, y sentándose la pone en sus rodillas.*) ¿Conque tienes hambre?

MARUJA. Mucha...

ANTONIO. Oye, eres muy guapa. Yo tuve una nena lo mismo que tú.

MARUJA. ¿Y dónde está?

ANTONIO. Murió la pobrecita.

MARUJA. ¿Está en el cielo? ¡Qué lástima! Si viviera jugaría conmigo y con Pedrín. (*Antonio besa a la niña.*)

ANTONIO. Tú debes ser muy buena.

MARUJA. No sé.

ANTONIO. ¿Quieres mucho a tu mamá?

MARUJA. ¡Claro!

ANTONIO. Y ella también te querrá mucho.

MARUJA. Como usted a su hija, ¿no?

ANTONIO. ¡Ya lo creo! Y yo también te quiero a ti, porque te pareces a ella. (*Acariciándola.*)

MARUJA. ¿También tenía el pelo como yo?

ANTONIO. También. Y los ojos muy grandes, como tú. Y de papá, ¿te acuerdas mucho?

MARUJA. Sí que me acuerdo. ¿Usted le conoce?

ANTONIO. No.

MARUJA. ¿Ni sabe dónde está?

ANTONIO. Tampoco.

MARUJA. Se fué muy lejos, por eso mamá llora tanto...

ANTONIO. ¿Tu mamá sufre mucho?

MARUJA. Sí, porque no tiene dinero para comprarnos pan, ni vestidos, ni para encender lumbre, y en esta casa hace mucho frío...

ANTONIO. ¿Y nadie se lo da tampoco?

MARUJA. ¿Quién se lo va a dar, tonto, si papá se fué?

ANTONIO. Y tu hermanito, ¿qué tiene?

MARUJA. No lo sé. Está malo... Por eso mamá está ahora más triste... ¿Usted lo sabía y ha venido por eso?

ANTONIO. Sí, por eso he venido. Y ya no sufriréis más apuros, porque yo los remediaré.

MARUJA. ¿Usted que no es nuestro papá?... Entonces, usted es más bueno que todos...

ANTONIO. No tanto, hija... No soy mas que un hom-

bre que se compadece del mal ajeno... Un infeliz...

MARUJA. ¿Un infeliz?... ¿Y va a hacer que mamá no llore ya nunca?

ESCENA IX

LOS MISMOS Y EMILIA

(*Emilia, al presenciar el cuadro, se detiene emocionada.*)

EMILIA. Hija... ¿Qué haces aquí?

ANTONIO. Se despertó...

EMILIA. ¡Y usted!...

ANTONIO. ¿No le dije que yo también he sido padre?... Me encantan los niños... Y esta más... ¡Me recuerda tanto a la mía!

MARUJA. Oiga... ¿Cómo se llama?

ANTONIO. Antonio.

MARUJA. Mamá, dice Antonio que ya no pasaremos hambre y que tú no llorarás nunca, porque para eso ha venido él...

EMILIA. ¡Hija!

MARUJA. Sí lo ha dicho... ¿Verdad que usted lo ha dicho?...

ANTONIO. Verdad.

EMILIA. ¿Usted ha dicho eso?

ANTONIO. Contando con que usted no se oponga.

EMILIA. Muchas gracias... (*A Maruja.*) ¿Y Pedrín, se ha despertado?...

MARUJA. No; ni ha tosido.

EMILIA. ¡Si Dios quisiera!...

ANTONIO. No se apure usted... Se pondrá bueno.

MARUJA. ¿Qué traes ahí, mamá?

EMILIA. Mira, caldito y una pechuga de gallina, ¿quieres?...

MARUJA. ¡Si me despertó el hambre!... ¡Me daban las tripas unos gruñidos!... (*Emilia ha puesto el caldo en una taza y un trozo de la pechuga entre pan, y se lo da a su hija.*)

EMILIA. Toma, hija; pero bébelo despacito... no te atragantes... ¿Está caliente?

MARUJA. Sí. (*Bebiendo.*)

EMILIA. Ahora, cómete esto, que también está calentito. (*La niña se pone a comer con verdadera fruición.*)

MARUJA. ¡Qué rica está!... ¿Y tú, no comes?... Anda, sí, come tú también.

EMILIA. Luego, no tengo gana ahora. (*A Antonio.*) Esta gran alegría le debo a usted. ¡Cuánto se lo agradezco!...

ANTONIO. ¡Bah! No merece la pena. Para mí también es alegría...

EMILIA. ¿Quiere usted un trocito? Sí, ¿verdad?

ANTONIO. No, gracias... de comer no tengo gana ahora. Un trago de vino sí me apetece. Usted sí debiera tomarse eso antes de que se enfríe.

EMILIA. He subido un poco de alcohol. Lo calentaré cuando tenga gana.

ANTONIO. Pero ¿de verdad no la tiene?

EMILIA. De verdad. Me satisface ver a mi hija... más que si comiese. Tome usted. (*L... sirve un vaso de vino que él saborea.*)

ANTONIO. Gracias. No crea usted que soy borracho... es que tengo el paladar seco. Su pequeña es muy lista... Por lo que me ha dicho veo que es usted una buena madre y una mujer desventurada, digna de mejor suerte. Ahora vuelvo a pedirle que me perdone las groserías que he cometido con usted. He sido un torpe... Lo comprendo...

EMILIA. Ha sido usted un poco rudo.

ANTONIO. Y es raro, la verdad. Yo no desprecié nunca a las infelices que se ganan la vida malamente. Jamás se me ocurrió ofenderlas ni maltratarlas... Y esta noche...

EMILIA. Lo que para esas desdichadas puede que no fuera ofensivo, para mí tenía que serlo..., tenía que herirme un poco ese trato al que no estoy acostumbrada.

ANTONIO. Es verdad. Usted se merece otro bien distinto. Yo estoy pesaroso de haber sido con usted tan brusco... Pero usted me perdonará...

EMILIA. Le estoy agradecida. ¿No he de perdonarle? (*La niña se queda dormida.*)

ANTONIO. Yo quisiera que esa gratitud se convirtiese en otro sentimiento... En simpatía. No aspiro a más... ¡Y ya es bastante! S...

no me guardase usted rencor, podríamos ser buenos amigos.

EMILIA. ¿Rencor después de lo que ha hecho?

ANTONIO. Para mí la vida es muy árida. No tengo afecto alguno.

EMILIA. Pero usted, ¿no es casado?

ANTONIO. Lo fuí... Me quedé solo.

EMILIA. ¿La mujer también?...

ANTONIO. También... me dejó.

EMILIA. ¡Es triste!

ANTONIO. ¡Muy triste, sí!... Antes que muriese mi hija... la perdí a ella. Pude ser muy dichoso y no lo quiso mi mala suerte... Soñaba con un hogar feliz... lleno de luz y de sonrisas... ¡Y se hundió todo! ¡No hablemos más de ello!

EMILIA. ¡Es usted más desgraciado que yo!

ANTONIO. ¡Mucho más!... Y sin duda es la Providencia la que ha hecho que se junten estas dos desgracias. ¿No lo cree usted?...

EMILIA. ¡Quién sabe!

ANTONIO. ¡Yo sí lo creo!... Alguna vez ha de compadecerse de los que sufren...

EMILIA. Pero dos desdichas que se juntan deben ser una desgracia mayor.

ANTONIO. O una felicidad... Por lo menos un gran consuelo.

EMILIA. ¡Ay, perdone! Mi niña se ha dormido. Voy a acostarla.

ANTONIO. Sí, vaya usted. (*Emilia coge a la niña.*

Al llevársela hacia a la alcoba se despierta la pequeña.)

MARUJA. ¡Mamá... qué sueño! ¡Ahora sí que voy a dormir bien!

EMILIA. Sí, hija mía...

MARUJA. Pero antes de acostarme déjame que le dé un besito a este señor tan bueno.

ANTONIO. Yo voy a dártelo. Hasta otro día. (*Antonio se acerca y da un beso a la niña.*)

MARUJA. ¿Vendrás?... Sí... Ven, que yo no quiero que mamá llore. (*Emilia entra en la alcoba con su hija. Antonio pasea lentamente, se detiene, y dice:*)

ANTONIO. ¡Quién sabe!... ¡Puede volver la vida!

ESCENA X

EMILIA Y ANTONIO

(*Un momenlo quedan mirándose intensamente.*)

ANTONIO. ¡Y yo también me voy!

EMILIA. ¿Cómo?... ¿Se va usted?

ANTONIO. No para siempre, si a usted no le disgusta.

EMILIA. Pero, usted vino...

ANTONIO. Sí, es verdad; a cosa bien distinta... Me gustó usted, yo sentía deseo de distraerme un poco, de olvidar penas.

EMILIA. ¿Y ese dinero?

ANTONIO. No, eso no. Lo que le di fué para sus hi-

jos... Si ahora pretendiera cobrarme eso, me avergonzaría después de mí mismo. Aprovecharse de la desgracia, de la necesidad de una mujer, me parece infame. Usted misma pensaría que soy un egoísta, un malvado... y yo quiero probarle que no lo soy... Es algo más noble que el deseo lo que me inspira usted ahora. Si yo logro la fortuna de merecerle algún día más que gratitud... entonces...

EMILIA. ¡Tiene usted un alma generosa!...

ANTONIO. Vendré a verla si usted me lo consiente. Como un amigo nada más, que quiere ayudarla en su infortunio y hacer algo por esos niños... y si de este trato, que para mí será una alegría que ilumine mi soledad, nace alguna vez otro sentimiento, entonces, aceptaré la recompensa... Ya ve usted hoy, ni conozco su nombre aún...

EMILIA. Emilia. ¡No sabe usted el consuelo que su proceder me proporciona!

ANTONIO. Pues Emilia, oiga usted. Deseo pedirle una prueba de estimación... que acepte algo más que durante unos días la libre de cavilaciones. (*Le ofrece unos billetes que saca de su cartera.*)

EMILIA. De ningún modo...

ANTONIO. No lo rechace usted.

EMILIA. Es demasiado, no.

ANTONIO. Es para sus hijos... Por ellos no debe us-

ted negarse. (*Emilia toma los billetes, le coge la mano y se la besa.*)

ANTONIO. ¿Qué hace usted?...

EMILIA. ¡Lo menos que puede hacer pensando en sus hijos, una mujer agradecida!...

ANTONIO. ¿Hasta mañana?

EMILIA. Sí. ¡Hasta mañana! (*Se estrechan efusivamente la mano; míranse intensamente, y Antonio se dirige al fondo seguido por ella.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

Comedor de casa moderna, confortable y alegre. Muebles de buen gusto. Al fondo, puerta de entrada que da al pasillo. A la derecha, dos puertas. A la izquierda, balcón. Es un mediodía de sol espléndido, Al levantarse el telón están sentados en torno de la mesa, terminando de almorzar, EMILIA y MARUJA, que ya es una graciosa joven de quince años, y ANTONIO. PETRA (que es asistenta de la casa) entra y sale; primero, sirviendo el café a Antonio; después, quitando los cacharros, que pone en el aparador o se lleva a la cocina.

ESCENA PRIMERA

EMILIA, MARUJA, PETRA y ANTONIO

PETRA. (*Entrando con una taza de café que sirve a Antonio.*) Vamos a ver si es así como le gusta, don Antonio.

ANTONIO. (*Después de mover el café, paladeando un sorbo.*) Admirablemente, Petra, admirablemente. Esto es gloria.

PETRA. ¡Gracias a Dios! Creí que no iba a acertar nunca. ¡Y eso de que doña Emilia supiera darle gusto y yo no!...

ANTONIO. Es lo más natural del mundo, mujer.

PETRA. Ya, ya lo comprendo.

EMILIA. No debe extrañarle que procure hacer las cosas como le agradan, porque esto y mucho más se merece.

PETRA. También lo sé, doña Emilia. ¡Qué va usted a decir!... Como sé que todo lo que tocan sus manos le parece bien hecho, porque cuando las personas se quieren de verdad...

EMILIA. ¿Una copita de Rom, Antonio?

ANTONIO. Si tú tomas otra...

EMILIA. Tomaré un sorbo de la tuya. (*Emilia le sirve la copa, él le ofrece y la apura después de haber bebido ella.*)

ANTONIO. Marujilla, ¿un poquito?

MARUJA. Yo no puedo con eso, me quema el paladar.

ANTONIO. ¿Quiere usted, Petra?

PETRA. Se agradece. A mí no me quema. (*Antonio le ofrece una copita.*)

EMILIA. Ya sabemos que le gusta.

PETRA. ¿Pa qué negarlo? Y como yo no tengo a quien ofrecer la mitad, me la beberé toda... ¡Muy rico!

ANTONIO. En recuerdo de su difunto.

PETRA. Sí, señor. Allá me aguarde muchos años. El pobre lo bebía por toneles... claro que no esto tan dulcecito. ¡Aquello parecía mismamente petróleo! ¡Y así acabó él!... ¡Dios le haya perdonao!

ANTONIO. Pero usted le echa mucho de menos.

PETRA. Pues mire usted; sí... aunque me esté mal

el decirlo... Puede que sea por los disgustos que me daba... Pero la verdad es que cada día... me acuerdo más del pobre Nicasio... Era un gandulón, pimplaba que perdía el sentío; pero se hacía de querer... Me dió muchismas desazones y a su lao pasé muchas hambres, algunos golpes nos propinamos mutualmente; pero me alegraría que viviera... Y eso que no estaría aquí, donde tan ricamente lo paso... ¡Más vale que Dios lo tenga en su gloria!

MARUJA. Diga usted que sí, que allá debe encontrarse mejor que en este mundo, porque eso de pasar la vida haciendo eses...

ANTONIO. Eran ochos, hija, porque el pobre Nicasio las enlazaba.

PETRA. ¡Qué dichos tiene don Antonio! ¡Ea, voy a acabar de recoger esto! (*Por los manteles y los cacharros que acaba de quitar y se lleva a la cocina, dejando sobre el aparador la botella del Rom y la del agua.*)

ANTONIO. Y yo me voy a ver a don Francisco, para consultarle lo que te dije.

EMILIA. ¿Habrá podido informarse ya?

ANTONIO. Seguramente. Si vas con Maruja al teatro, yo iré a buscaros a la salida.

EMILIA. Prefiero esperarte aquí.

ANTONIO. Como quieras; entonces vendré pronto

para que podamos dar un paseo. A Pedrín le hace un día inmejorable.

MARUJA. Vendrá rendido de correr por el campo.

EMILIA. Y negro del aire y del sol. Está poniéndose muy fuerte con estas excursiones domingueras.

ANTONIO. No hay nada mejor para los chicos. Tampoco a ésta le hubiera sentado mal ser exploradora una temporadita.

MARUJA. No me gustó nunca. Me parece impropio de muchachas. Yo no quiero engordar.

EMILIA. Mira tu hermano si se está haciendo un mocetón.

ANTONIO. Gracias a eso ha echado fuera la morriña y ahora, sin peligro de la salud, puede estudiar para hacerse hombre. Y como es listo y le tiene afición...

PETRA. (*Se oye el timbre de la puerta y Petra sale y dice dentro:*) Sí, pasa, ¿o quieres que te anuncie?

ESCENA II

DICHOS Y ROSILLA

ROSILLA. (*Dentro.*) No es menester, señora Petra. (*Entran las dos. Rosilla vestida con el primor y la gracia de una modista en día de fiesta.*)

PETRA. ¡Hija, como vienes de tiros largos!...

ROSILLA. Buenas tardes.

MARUJA. ¡Dichosos los ojos, mujer!... (*Besándose efusivamente.*)

ROSILLA. Todos buenos, ¿verdad?

EMILIA. Gracias a Dios. (*Emilia besa a Rosilla.*)

ANTONIO. Para servirte. ¡Tú tan guapa!

ROSILLA. ¡Ay!... Se hace lo que se puede por parecerlo, don Antonio, ya que una no lo sea de suyo.

MARUJA. Ya era hora de que te acordaras de nosotros.

ROSILLA. Me acuerdo a todas las del día, y a muchas de la noche. No soy ingrata, y ustedes ya saben lo que les quiero.

MARUJA. ¡Mucho!... ¡Hace dos semanas que no te dejas ver!... ¡Ya estás buena!...

ROSILLA. ¡Hija, si no respiro!... Además del obrador, las chapucillas que me caen en casa. ¡Y como hay que ganar todo lo que se pueda!...

MARUJA. ¡Pero los domingos!...

ROSILLA. También trabajo, habiendo prisas. Este último no salí a la calle, para terminar un vestido de una parroquiana. Y el lunes ya tenía otro.

MARUJA. ¡Quién te conoce tan hacendosa! Tú, que no querías sujetarte...

ROSILLA. Todo quiere empezar. Cuando vivía libre, me parecía que eso de estarse en un taller cose que cose, no se había hecho para mí. Pues ahora me parece que lo que no se había hecho para mí, era lo otro.

ANTONIO. ¡Naturalmente... una mujer juiciosa...!

EMILIA. ¿Estás contenta?

ROSILLA. Mucho. En este obrador de madame Lulú, se está muy bien, y el trabajo es más fino y sin tantas prisas. ¡Se hacen unas «toiletes» como dice en la muestra, y unos «robes» y unos «manteaux»... que quitan el sentío; vamos, que producen mareos... ¡Muchacha qué lujo!... ¡Qué de telas riquísimas, que les llaman tisúes, y brocaos... y qué de pieles y de sedas, y de blondas de Besanzon!... Como que toda la parroquia es de señoronas de automóvil.

ANTONIO. Así estás poniéndote tú de fina...

ROSILLA. Y hay un salón precioso donde se enseñan las «toiletes» y ves a los maniquís paseando entre las señoras que van a verlos.

MARUJA. ¿Paseando los maniquíes?

ROSILLA. Sí, hija... Como que no son esas figuras que ves en los escaparates; son muchachas guapísimas y muy esbeltas, que no hacen mas que eso, y ganan mucho. ¡Ya quisiera yo ser maniquí!

MARUJA. A poco aspiras, mujer.

ROSILLA. Si no fuera por el pelanas del «mosiú», que en todo se mete y no nos deja ni a sol ni a sombra!... Es un... ¿cómo se dice de esos que persiguen a las mujeres con los ojos encandilaos, y que creo que tienen cuernos?... Un satírico, ¿no?

EMILIA. ¿Será un sátiro lo que quieres decir?

ROSILLA. Es igual. Yo le tomo el pelo, porque no dice nada a derechas. Como le gustan todas, y yo también, suele espetarnos cosas así, como la que me dijo ayer tarde: «¡Qué guapa que tú egués, Gosilla!... ¡Bocú grasiosa!...» ¡Mire usted que en vez de boca, decir bocú! «¡Y qué bien seguíamos todos los dos de estar guntos a la Bombillá el domingó! ¿Quiegues?» ¡Sí, señor!—le dije—. ¡Ya lo creo! Voy a decírselo o madame para que venga con nosotros. Echó a correr y no ha vuelto a decirme ni pío. ¡Como que madame tiene un genio! Creo que le pega cuando le pilla haciendo cucamonas a una oficiala...

EMILIA. Y con tus parientes, ¿marchas bien?

ROSILLA. Sí, señora... ¡Son buenos!... Tan ricamente como me iba sin parentela, y encontrarme de pronto con esos tíos, que no sabía que existiesen...

MARUJA. No es una desgracia, mujer.

ROSILLA. No, tanto como desgracia... Por ellos he podido averiguar quién fué mi madre, cómo murió la pobre, después de tantas penas, y que fuí a parar a la Inclusa porque no hubo nadie que se hiciera cargo de mí... ¡Un encanto!

EMILIA. Los tíos no te conocían entonces.

ROSILLA. Es verdad. Mi pobre madre no les refirió su desgracia... Lo supieron mucho después...

ANTONIO. No puedes censurarles.

ROSILLA. Si no es que les censure...

EMILIA. Cuando vinieron a Madrid y se enteraron de lo ocurrido ya viste cómo no descansaron hasta que consiguieron encontrarte.

ANTONIO. Debes agradecerlo. Mucho más si te demuestran interés y cariño.

ROSILLA. Si me quieren. Pero hubiera preferido no saber nada y continuar viviendo como vivía alegre, libre... dichosa con el calor que ustedes me dieron. Porque conocer las desdichas cuando no pueden remediarse... sólo sirve para quitarle a una el buen humor.

MARUJA. Tú no le perderás tan fácilmente.

ROSILLA. ¡Gracias a eso!...

ANTONIO. ¿Y de novio, qué? ¿Cuándo nos das un día alegre?...

ROSILLA. No me hable... ¡Los hombres son tan malos, que no se puede una fiar!...

ANTONIO. Gracias, mujer...

ROSILLA. No digo que todos.

EMILIA. Tienes razón... Una muchacha como tú debe andarse con tiento...

ROSILLA. Pretendientes... así... ¡Hay tantos que buscan con qué entretenerse!... Pero ¿marchosos y pollitos bien? Pa el gato...

ANTONIO. Yo te he visto acompañada por un joven que tiene aspecto de formal.

ROSILLA. Sí, lo parece, y lo tengo en observación. (*A Maruja.*) Es el que te dije el otro día.

MARUJA. ¿El chofer?

ROSILLA. Sí; hace dos meses que me habla, y me gusta.

ANTONIO. Ten cuidado, que esos van siempre muy de prisa.

ROSILLA. No es de los que atropellan. Es particular... De un banquero. Muy simpático él, y hasta elegante. Gana mucho: trescientas pesetas al mes... y gasolina libre.

ANTONIO. Y manos sucias... por lo menos cuando termina de limpiar el coche.

MARUJA. ¿Y te habla de casarse?

ROSILLA. Ayer mismo me habló... Pero yo le he dicho que no corra, que ahora está prohibido... Quiero estar segura de que no me expongo a dar un vuelco.

EMILIA. Haces bien, Rosilla, haces bien.

ROSILLA. De algo ha de servirle a una lo que conoce el mundo.

ANTONIO. Pues si eso se formaliza, cuenta con los padrinos.

ROSILLA. Le cojo la palabra, porque mejores no los hay.

ANTONIO. Y os dejo, que se me hace tarde.

ROSILLA. Oiga usted, don Antonio: Yo quería que dejase a Maruja venir conmigo. Él está libre hasta las seis, y me ha invitado al cine.

ANTONIO. No me gusta mucho, la verdad.

ROSILLA. Es que esa película que ponen, «La mano

que aprieta», creo que es muy bonita. Lo han dicho en el taller.

ANTONIO. «¿La mano que aprieta», y a obscuras?... No me extraña que a tus compañeras les agrade.

ROSILLA. ¡Ay qué mal pensado es usted!

ANTONIO. Y comprendo que tú no te decidas a ir sola con el chofer.

ROSILLA. ¡No es por ahí, don Antonio! Yo no le tengo miedo a la obscuridad, ni a la mano. Para la que intente apretar tengo yo estas bien largas.

ANTONIO. Bueno, por mí... si su madre no tiene inconveniente...

ROSILLA. ¿La deja usted?

EMILIA. Sí; yendo contigo...

ANTONIO. Hasta luego, Rosilla.

ROSILLA. Adiós, y muchas gracias.

ANTONIO. Y cuidadito con la mano, que toda precaución es poca.

ROSILLA. ¡Vaya usted tranquilo! (*Vase Antonio, acompañado por Emilia que ha entrado por la derecha para traerle el bastón y el sombrero y que sale a despedirle por el foro.*)

ESCENA III

MARUJA y ROSILLA

MARUJA. Y ¿por qué no le dijiste que subiera?

ROSILLA. No me pareció bien.

MARUJA. ¡Qué tonta! ¿Vas a gastar cumplidos con nosotros?

ROSILLA. No; pero como todavía no os conoce...

MARUJA. Pues voy a vestirme para no hacerle esperar mucho.

ROSILLA. Y tú, ¿sigues en la oficina?

MARUJA. ¡Ya lo creo! Muy a gusto. Este mes me han subido el sueldo; soy la primera mecanógrafa. Como domino la taquigrafía y el francés...

ROSILLA. Tu madre estará contentísima.

MARUJA. Mucho. Todo su afán era que yo tuviera un medio de vivir.

ROSILLA. Tiene razón. Y si todas las madres procuraran lo mismo, no habría tantas mujeres desgraciadas.

MARUJA. Vamos; mientras me visto charlaremos... (*Vanse por la primera lateral a tiempo que por la del foro entra Emilia y por la segunda lateral Petra, que viene a colocar platos y cubiertos en el aparador.*)

ESCENA IV

EMILIA Y PETRA

PETRA. ¿Se fué don Antonio?

EMILIA. Ahora mismo.

PETRA. ¿Va a eso que me dijo usted?

EMILIA. Sí, a ver al abogado. Lo considero inútil pero no he querido disuadirle.

PETRA. ¿De modo que aunque él quiera, no podrá usted casarse?

EMILIA. Temo que no. La Ley no lo permite.

PETRA. Pero entonces la Ley es una atrocidad.. ¿De modo que una mujer abandonada por su marido hace muchos años, que no sabe de él, que no recibe la menor ayuda, no puede volver a casarse para vivir como Dios manda, cuando tiene la suerte de encontrar un hombre de bien, que la ha salvado de la miseria, que la quiere y está dispuesto a ser el padre de los hijos que aquel granuja abandonó?

EMILIA. Así temo que sea.

PETRA. Pues yo no tengo grandes luces, pero me parece una infamia.

EMILIA. Una crueldad...

PETRA. No, no, una infamia. Porque en vez de permitirla vivir honradamente...

EMILIA. La empuja a la deshonra, o la condena a la miseria.

ETRA. Doña Emilia, yo creo que eso no puede ser. Los que hacen las leyes no pueden haberlas hecho tan mal.

MILIA. Las leyes las hicieron los hombres. Son de un egoísmo increíble. Nosotras somos víctimas de ese egoísmo.

ETRA. Sí, señora, sí. Siempre. Pero es que en estos casos no veo yo en qué se benefician. Un hombre que deja en el desamparo a su mujer y a sus hijos, es que quiere deshacerse de ellos... Más claro que la luz.

MILIA. ¡Ah, sí!... Pero a nosotras nos obliga la Ley a guardarle fidelidad, aunque nos muramos de hambre, por si algún día se le ocurre al amo recobrar lo que antes no quiso.

ETRA. ¿Y dice usted que eso no es una cosa muy mal hecha?

MILIA. Sólo puede casarse una mujer a quien su marido dejó, cuando puede demostrar que él ha muerto; pero aunque le conste, como no pueda demostrarlo, seguirá siendo esclava suya.

ETRA. ¿Toda la vida?

MILIA. ¡Treinta años!

ETRA. ¡Qué atrocidad!...

MILIA. A los condenados a cadena perpetua se les devuelve la libertad mucho antes.

ETRA. Pero hija, eso es como decirle: «¡Anda desdichada, si has podido sortear la mise-

ria, cuando seas un vejestorio pués casa te, si das con otro más desgraciao que que cargue contigo!» ¡Es un contra Dio doña Emilia!...

EMILIA. Es injusto, inhumano...

PETRA. ¡Y luego dicen que si las mujeres s malas! ¿Qué ha de hacer una pobre q tié que dar pan a sus hijos y no pue ganarlo, como a usted le pasó?... ¡Echa se al arroyo, y ná más!... ¡Eso sí se permiten las leyes!...

EMILIA. Eso sí; es por lo visto menos pecado q rehacer su vida de un modo lícito y d cente.

PETRA. ¿Y usted no ha vuelto a recibir noticias aquel sinvergüenza?

EMILIA. ¿De Lorenzo?... No. Desde hace nue años ni sé si vive.

PETRA. ¡Lástima que no hubiera reventao, y ust pudiese probarlo!... ¡Pero cá!... Esos gr nujas no se mueren cuando hace falta El tal Lorenzo de mis pecados, merece horca.

EMILIA. Antonio hizo muchas gestiones para av riguar si vivía, pero inútilmente... N hubo modo de saber nada... ¡Hay q resignarse a lo que Dios quiera!

PETRA. Y menos mal que en medio de todo l tenido usted suerte. Don Antonio no se su marido, pero la quiere a usted y a l criaturas más que si lo fuera.

ILIA. Mucho, sí... Es muy bueno. Nunca podré pagarle como merece.

TRA. ¡Y los chicos se han encariñao con él de un modo!...

ILIA. Para ellos es su padre... ¡Cómo no han de quererlo si los mima y los considera más que si lo fuesen!

TRA. Mucho más. Ya ve usted lo que hizo el que lo era... ¡Que no sé cómo hay padres tan desalmaos!

MILIA. Sólo tiemblo al pensar que algún día han de conocer su desgracia... ¡Como eran tan pequeños entonces!...

TRA. ¿No saben la verdad?

MILIA. No me atreví nunca a decírsela... El afán que tiene Antonio de casarse conmigo, es por evitarles a ellos el dolor de saber que no es mi marido, y a mí la vergüenza de tener que confesarles que no es su padre. ¡Ya ve usted qué corazón el suyo!...

ETRA. ¡Hija, dice usted bien, eso no se paga con náa! Ya puede usted agradecerle a Dios haber dao con un hombre así, de los que hay tan pocos.

MILIA. ¡Si hubiera sido con él, con quien hubiera unido mi vida!

ESCENA V

LOS MISMOS, MARUJA y ROSILLA

MARUJA. (*Con un airoso vestido de calle.*) Buen mamá, nos vamos.

EMILIA. Pero me diréis dónde, por si Antonio v niera a tiempo.

MARUJA. Decididamente a Martín, ¿no?

ROSILLA. Donde quieras tú.

MARUJA. Sí. Rosa dice que en vez de «La man que aprieta», prefiere «El Cardenal».

ROSILLA. ¡Que viene a ser lo mismo; pero siquie ya sabe una a qué atenerse!

EMILIA. (*Besa a Maruja y después a Rosa*) Pero ¡por Dios!... ¡Que tengáis much cuidado al cruzar las calles... que es automóviles del demonio...!

ROSILLA. Los de la banderita, ¿verdad?... Pero n pase usted apuros, que vamos con u chofer.

PETRA. Que os divertáis mucho.

MARUJA. Gracias, Petra; ya le contaremos lueg lo que veamos. (*Salen Maruja y Rosilla*

ESCENA VI

EMILIA y PETRA

PETRA. ¡Tan contentas!... ¡Lo que es la juventud!

EMILIA. ¡Son dos chiquillas!

PETRA. Pero muy formales. Imposible me parece que Rosa... Porque a la de usted no le ha faltado cuido; pero a esa pobre... Bien es verdad que hasta que se fué de esta casa, ustedes la tuvieron como a una hija.

EMILIA. Eso no la hubiera librado de una desgracia si ella no fuese tan buena como es.

PETRA. Sí, señora. Cuando se tiene en la sangre el ser buena... ¡Lo mismo que lo otro!... ¡Como a una le pida el cuerpo ser una perindola, ya le pueden echar sermones y encerrarla bajo siete llaves, que seguirá bailando. (*Suena el timbre de la puerta.*) Llaman, voy a ver.

EMILIA. Será Antonio. Y yo estoy sin vestirme aún... (*Vase Petra por el fondo, y Emilia por la derecha.*)

ESCENA VII

PETRA y LORENZO

(*Lorenzo es un hombre avejentado, destruído, tipo de alcohólico, receloso e hipócrita. Viste pobremente. Ropa raída. Entra detrás de Petra.*)

LORENZO. Sí, señora, sí; doña Emilia Robles.

PETRA. Ya lo he entendido; pero ¿quién le digo que es?

LORENZO. Lorenzo... Con el nombre basta.

PETRA. ¿Usted viene de las Américas?

LORENZO. Justamente.

PETRA. Entonces, ya sé... Pero no lo hubiera creído. (*Mirándole de pies a cabeza con gesto despectivo.*) Me lo figuraba de otro modo.

LORENZO. Escuche: ¿usted sirve aquí hace mucho tiempo?

PETRA. Desde que me quedé viuda... Va pa dos años.

LORENZO. Ella vive con un tal Antonio, ¿verdad?...

PETRA. (*De mal talante.*) ¡Yo no sé!

LORENZO. Es inútil que niegue. Estoy enterado.

PETRA. Entonces, ¿pa qué lo pregunta?

LORENZO. Quiero saber si es desde hace mucho.

PETRA. Ella se lo dirá si le parece.

LORENZO. Y ahora... ¿no está él en casa?

PETRA. No, señor... Es decir, tampoco lo sé...

Yo no debo decirle nada, ni contestarle a nada, ¡ea! Voy a avisarle.

RENZO. Bueno, mujer, no se sofoque.

TRA. (*Aparte.*) ¡Válgame Dios, qué contratiempo y qué disgusto!... ¡Este pécora no vendrá a nada bueno!... ¡El pelaje es de cualquier cosa! ¡Hum!... (*Vase lateral, refunfuñando.*)

ESCENA VIII

LORENZO; después PETRA

orenzo mira atentamente los detalles de la habitación. Sonríe; al reparar en el aparador se fija en la botella del Rom, que está cerca de otra de agua, y observando por si alguien le sorprende, toma aquélla y se echa dos tragos seguidos.)

RENZO Aquí hay holgura... Se ve que ha encontrado un buen acomodo... ¡Bueno!... ¡Qué se va a hacer!... ¡Ya no tiene remedio nada! (*Se deja caer en una silla; la cabeza baja, la actitud de abatimiento. Vuelve el rostro hacia el aparador, se levanta, se dirige a él, y cuando ha cogido de nuevo la botella del Rom y está empinando el codo, aparece.*)

ETRA. ¡Que aproveche! ¡También pitoso!... ¡Sí que su mujer había perdido una alhaja!

LORENZO. Tenía sed...

PETRA. ¡Ya, ya! Y se ha confundido de botell porque la del agua está ahí junto... Y sale la señora.

LORENZO. Oígame un momento...

PETRA. Disimule usted, que tengo que bajar a u recao. (*Vase foro, refunfuñando.*)

ESCENA IX

LORENZO y EMILIA

(*Emilia aparece en la puerta, pálida y emocionada Contempla un instante a Lorenzo y avanza lente mente hacia él.*)

EMILIA. ¡Tú!... ¡Lorenzo!... ¡Tú aquí!

LORENZO. Sí, mujer... He cambiado mucho, ¿verdad

EMILIA. No te hubiera reconocido al verte.

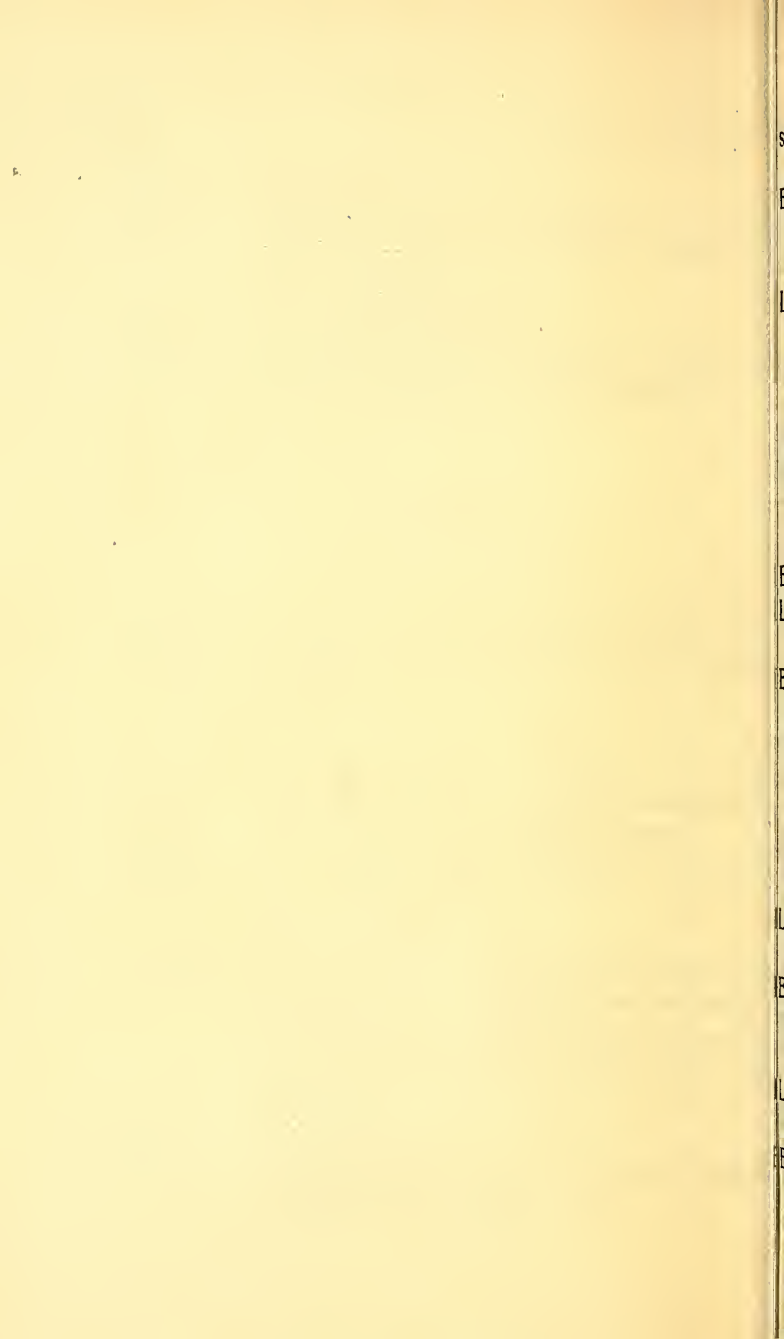
LORENZO. Me miraste como si dudaras... ¿Te sor prende mi aspecto?

EMILIA. Sí, la verdad.

LORENZO. (*En tono de humildad dolorosa, querien do captarse la compasión de su mujer.*) ¡Sufrí muchas penas!... ¡Las adversida des, las privaciones, acabaron con mi ju ventud!

EMILIA. ¡Ya se ve, ya!

LORENZO. Fueron muchos días de lucha para acaba vencido. ¡Doce años!



EMILIA. Sí... ¡doce años! (*Hay una pausa durante la cual los dos se miran silenciosamente.*)

LORENZO. Para ti el tiempo no ha sido tan cruel. Estás joven y hermosa. (*Mirando a todas partes.*) Y has resuelto la vida. Aquí hay comodidad, hasta lujo... lo que no pudiste tener conmigo. Fuiste más afortunada que yo. (*Pausa.*) Creí que te alegraría algo más mi presencia... Tú me quisiste, Emilia... yo también te quise.

EMILIA. (*Secamente.*) ¡No me hables de eso!

LORENZO. ¿Por qué no, mujer?... Te he querido siempre, aunque tú no lo creas...

EMILIA. Si pudo ser así, aquel cariño, el más grande que hubo en mi corazón, está muerto, olvidado. De él no quedan ni las cenizas. Tú lo mataste y las esparciste... porque no me querías, porque nunca sentiste por mí otra cosa que un liviano deseo... Bien está... No hay que recordarlo.

LORENZO. Yo te recordé siempre. Nunca he dejado de pensar en ti.

EMILIA. ¡Es cinismo el tuyo!... Me abandonaste cobardemente con dos criaturas, de las que ni siquiera quisiste saber...

LORENZO. Dos hijos, sí, dos hijos... Tengo afán de verlos.

EMILIA. No te importó mi suerte ni la suya... Y ahora, después de doce años en que no te preocupó si vivíamos o habíamos muer-

to de hambre y pesadumbre, te atreves a decirme que nunca has dejado de pensar en mí... Si viniste a eso... te aseguro que no merecía la pena de que te molestaras. Debiste quedarte por allá.

LORENZO. Alguna razón tienes. Los hechos me condenan...

EMILIA. ¡Tu conducta, tu proceder egoísta y villano! Que huyeras de mí por miedo a la miseria, aún tendría disculpa... Que abandonaras a tus hijos, no puede tenerla. Podría perdonarte ese egoísmo si sólo yo hubiera sido víctima de él... por mis hijos no puedo perdonártelo...

LORENZO. Déjame al menos que me disculpe.... que me justifique...

EMILIA. No tienes justificación ni disculpa... D francamente a qué viniste, por qué m buscaste... porque de que fué el amor el remordimiento lo que te trajo, no ha de convencerme.

LORENZO. ¡Pues te juro que han sido esas dos cosas

EMILIA. ¡Tarde las sentiste!

LORENZO. Hacía mucho que era mi pesadilla. M angustiaba la idea de morir allá, sin sabe de vosotros, sin haberos visto, sin sent vuestras caricias... Al principio no; l confieso... El afán de abrirme camino, d perseguir inútilmente la fortuna, me hiz olvidarme de todo. El temor a saber de dichas que no podía remediar... me in

puso ese silencio egoísta, cobarde... sí, lo que tú has dicho... Luego... ¿cómo averiguar lo que había sido de vosotros, dónde viviais?... Siempre con la esperanza de vencer la fatalidad, fué pasando el tiempo... y cuando en la lucha fatigosa y estéril me vi vencido... derrotado... sólo la idea de volver me sostenía y me esperanzaba... ¡Pero volver era un imposible!... Y entonces, tú y mis hijos fuisteis para mí la idea fija, la única obsesión.

EMILIA. ¡Entonces!... ¡Hasta entonces no sentiste conmovida tu alma!...

LORENZO. Ya no quise luchar; hallábame sin fuerzas... Sólo pensé en el modo de venir, fuese como fuese... y como de otro modo no era posible, lo he conseguido de limosna. Vine como una bestia en el sollado de de un vapor de emigrantes... Para llegar aquí he sufrido todas las privaciones, todas las miserias... Tres meses de una peregrinación dolorosa, en la que a cada paso temía caer para no levantarme más, que soporté alentado sólo con el deseo de encontrarte, porque para mi angustia no existía ya otra esperanza de consuelo.

EMILIA. ¿Y así puede un hombre dejarse vencer por la fatalidad? No lo creería si no lo viese.

LORENZO. Un hombre que es más desdichado que perverso, y que ante ti, aún siente ver-

güenza de confesarse fracasado, porque tú, mujer, más débil que yo, supiste defenderte y triunfar.

EMILIA. ¡Pero a qué precio! ¿Es que no lo sabes?

LORENZO. ¡De cualquier modo que sea lo conseguiste!

EMILIA. Por librar a mis hijos de la miseria, sí, como fuese... a costa de todo... Yo también fuí vencida por la fatalidad... y tuve que entregarme...

LORENZO. ¡Es muy triste!...

EMILIA. ¡La culpa no fué mía...!

LORENZO. Lo reconozco, yo soy el culpable. Yo que te abandoné... Muchas veces he presentido este infortunio...

EMILIA. ¿Hiciste tú algo por impedirlo?... Pregunta a tu conciencia.

LORENZO. ¡Nada... es verdad!... Pero es que no pude... Mi rencor es contra mí mismo. ¿Y así llegaste a defenderte de la miseria, a este bienestar en que vives?... Entregándote a unos y a otros, como una...

EMILIA. ¡Cállate!... Por ti hubiera llegado a eso; no fuiste tú quien lo evitó... Pero no llegué... Tuve la fortuna de hallar un hombre honrado y a su bondad le debo no haber caído tan hondo... a sus nobles sentimientos que mis hijos no pereciesen de hambre, que tuvieran la protección paternal que les negaste tú...

LORENZO. Ese hombre me robó lo que es mío. Lo sé, lo sé todo...

EMILIA. A ese hombre tus hijos, que no te conocerían si te vieran, que nunca supieron de ti, le llaman padre, lo quieren y lo respetan como a tal. Él fué su amparo... por él han conocido el amor que en ti no conocieron.

LORENZO. ¡Enconas la herida, mujer!... ¡Despiertas mi odio hacia ese hombre!

EMILIA. Es tu egoísmo lo que despierta, porque en tu alma no hay otro sentimiento...

LORENZO. Harta bondad es en mí disculparte por lo que hiciste. Pero ahora, ¡no! ¡Desde hoy, no! Puedo recobrar mis derechos.

EMILIA. Los derechos que te concede una ley absurda; no los de la razón y la justicia que tú desconoces.

LORENZO. Puede... Pero ahora que me acerco a lo que anhelaba no renuncio a ello... Si otro lo cree suyo se lo disputaré...

EMILIA. No basta con que te lo propongas. Aunque le vencieras no bastaría. Aunque la Ley te reconozca ese derecho, habría de otorgártelo yo.

LORENZO. Y tú le otorgarás, o te obligaré por la fuerza.

EMILIA. Te olvidas de que te conozco, de que tú mismo acabas de confesarme que eres un fracasado, un pobre hombre sin energía, sin voluntad. No quisiste lo que era tuyo

cuando nadie te lo disputaba, y ahora que no lo es, que ya no puede serlo, lo reclamas y por la fuerza... ¡No! Puedo compadecerte... Ya al escuchar el relato de tus desventuras había sentido piedad por ti, pero ese arranque me descubre tu falsedad... las amenazas no me intimidan. Quieres arrebatármelo todo por egoísmo, por maldad... ¿Y piensas que yo he de resignarme?... ¡Estás loco, Lorenzo!... ¡No me conoces, no! ¡Nunca me conociste!

LORENZO. ¡Loco!... ¡Quizá!... La locura y la desesperación se parecen... Nunca he sentido los impulsos que siento ahora. Esa altivez, ese valor tuyo, me prestan un tesón que no tuve nunca... Fuiste mía, lo eres, lo serás, aunque tú no quieras...

EMILIA. Lo fuí; ya no lo soy.

LORENZO. Es inútil que tú lo niegues; el lazo que nos unía no se ha roto, no se puede romper... Pero no quiero apelar a la fuerza... Escucha... (*Avanza hacia ella, quiere apoderarse de una de sus manos. Emilia lo rechaza.*) Vine en son de paz... Todo puede arreglarse... Yo no quiero reñir... No te pido cuentas, no te las pediré nunca, ni por lo que hiciste, ni por lo que hagas... ¿Puedes pedirme más? ¡Pero eres mi mujer... yo esto vencido, enfermo, no vas a dejarme morir en el arroyo!...

EMILIA. ¡Y es posible!... ¿Qué dignidad es la tuya?... Sabes que no vivo sola...

LORENZO. Lo sé.

EMILIA. ¡Y eres capaz de pedirme eso!... ¿Tan hondo te hundiste que no te sonroja la humillación a que estás dispuesto a someterte?

LORENZO. He sufrido todas las de la vida... No voy a rebelarme ahora que carezco de todo... hasta de salud. Antes de padecer más miserias, más hambre... ¡Yo sé que no puedo valerme ya!...

EMILIA. Y te acoges a lo más vergonzoso...

LORENZO. A lo único posible.

EMILIA. ¡No!... Si tú perdiste la dignidad hasta ese extremo, yo no la perdí.

LORENZO. ¿Te niegas?... ¿Me arrojas a la calle?

EMILIA. No puedo arrostrar esa ignominia.

LORENZO. ¡Piénsalo, mujer!... Aún puede darme bríos la desesperación...

EMILIA. No me dan miedo tus amenazas. Si tu envilecimiento ha destruído hasta tu conciencia, haz lo que te dicte tu rencor contra mí, contra tus hijos...

LORENZO. ¡Pues ellos y tú lo pagaréis!... Sois míos, ¿lo entiendes?... Yo puedo obligarte a lo que quiera... o destruír lo que tú crees tu felicidad, esa felicidad comprada con mi honra... (*Se lanza sobre ella, que lo rechaza; pero logra apoderarse de sus manos. Emilia se defiende; luchan.*)

EMILIA. ¡No, no!... ¡Antes me mataría! ¡Déjame! ¡Suelta!...

LORENZO. ¡Si no accedes te mato!... (*Aparece Antonio en la puerta, se lanza airado sobre Lorenzo, lo sacude, lo zarandea, separándolo bruscamente de Emilia.*)

ESCENA IX

DICHOS y ANTONIO

EMILIA. ¡Antonio!... ¡Antonio!...

ANTONIO. ¡Canalla!... ¡Malnacido!...

LORENZO. ¡Esta mujer es mía!

ANTONIO. ¡A esta mujer la defiendo yo contra todo!... ¡Es de quien ella quiera!

EMILIA. ¡Por Dios, Antonio!

ANTONIO. ¡No temas nada!... ¡Los hombres que intentan pegar a una mujer son unos cobardes!... ¡Usted es más que eso aún, es un malvado!

LORENZO. ¡Soy su marido!...

ANTONIO. ¡Ante la Ley su dueño; ante mí, que estoy ahora sobre la Ley, un miserable!

LORENZO. ¡Mire bien lo que dice!... ¡No aguanto insultos!... (*Hace un movimiento amenazador hacia él.*)

ANTONIO. ¡Mire que tengo la razón y que esta vez la razón va unida a la fuerza!

LORENZO. ¡La razón y la fuerza para quitarme lo que es mío!

ANTONIO. ¡No!... ¡En eso miente usted! ¡Yo no le quité nada!... ¡Yo recogí del arroyo, compadecido, lo que usted despreció, lo que usted tenía el deber de amparar... hasta morir por defenderlo.!.. ¡Una pobre mujer que por su abandono hubiera tenido que envilecerse y unos hijos que no tenían padre!... ¡Eso es lo que yo hice!... ¡Compárelo con lo que hizo usted!

LORENZO. Obligado por la fatalidad... ¡No es cuenta suya!

ANTONIO. Llevado por el egoísmo...

LORENZO. Usted no tiene derecho a juzgarme.

ANTONIO. Amparo a quien lo tiene, a quien por el solo hecho de ser mujer debe ser defendida por todo hombre honrado. Y ahora escúcheme. Yo soy aquí el más fuerte. Seguro de proceder con justicia, pudiera arrojarle de esta casa... No me remordería la conciencia de haber cometido una iniquidad... Pero no quiero hacerlo. Renuncio a la fuerza por la razón. ¡Ahí está esa mujer... yo le devuelvo su libertad, yo que la quiero como usted nunca la quiso, no se la disputo!... ¡Pero ha de ser ella la que diga que quiere irse con usted!

LORENZO. Lo dirá; y si no lo dice, lo dirá por ella la Justicia.

ANTONIO. Querrá usted decir los Tribunales, qu no es lo mismo.

LORENZO. Quien tiene más fuerza que usted pa decidir.

ANTONIO. Aguarde, aguarde; no he terminado aún. (*Dirigiéndose a Emilia, que, acobard da, ha escuchado inmóvil. Tomándol del brazo y conduciéndola hacia la pue ta.*) Déjanos, Emilia. Este asunto deb mos tratarlo a solas este hombre y yo.

EMILIA. Pero...

ANTONIO. Nada temas, mujer; sé dominarme.

EMILIA. No cierres. (*Entra en la habitación. L renzo aprovecha el momento en que A tonio está de espaldas para sacar d bolsillo interior de la americana un p ñal, que guarda en el del pantalón, co servando la mano en él.*)

ESCENA X

LORENZO Y ANTONIO

ANTONIO. (*Volviéndose y poniéndose frente a L renzo.*) Quiero apelar a su conciencia. Esas criaturas que usted abandonó, q no pueden quererle, que sentirían de precio hacia usted si conocieran su co ducta, me llaman su padre porque lo h sido para ellas; más, mucho más, porq

yo no las engendré, y las quiero como si fuesen mis propios hijos... Y con este amor, que usted no les tuvo, las defendí, las eduqué, dándoles el hogar de que carecían, cuanto necesitaron para ser fuertes y ser buenas. Tengo derecho a su gratitud, a su cariño... ¡Pues tampoco se las disputo! Si ellas quieren, en libertad quedan para dejarme... ¡Y mire usted si soy generoso, que al renunciar a ellas y a esta mujer, renuncio a la felicidad de mi vida!... ¡Pero lo han de querer ellos!... ¡A la fuerza, no! ¡Por mandato de la Ley, no!... ¡Por su voluntad solamente! (*Pausa.*) ¿Nada responde?

LORENZO. (*Encogiéndose de hombros, con fingido desdén.*) ¿Qué he de decir?... Emilia es mi mujer... Esas criaturas mis hijos...

ANTONIO. ¡Y no lo fueron antes!... Y si vuelven a serlo ahora, ¿qué porvenir será el que les aguarde? ¡Otra vez la miseria, el dolor!... ¿Va a defenderles de ellos quien no ha sido capaz de defenderse sólo?... ¿Quien no tuvo bríos para abrirse paso en la vida? Si hay en su corazón un sentimiento noble, piense en la responsabilidad que contrae.

LORENZO. Entonces esa razón que usted invoca, ¿debe decidirme a renunciar a ellos?

ANTONIO. Su conciencia se lo dirá.

LORENZO. ¡Mi conciencia!... ¡Y la de usted sólo le

dice que yo debo dejarle que disfrute e en paz de lo que es mío!

ANTONIO. ¡No!... Si se siente con energías para lucha, si encuentra usted en ese amor estímulo necesario para defenderlos de desgracia, no debe renunciar, por granc que sea mi sacrificio. Ya ve usted si sc justo.

LORENZO. Yo estoy enfermo, extenuado... Ya luch cuanto pude. No debo echar sobre m espaldas un peso que no podría soste ner...

ANTONIO. Entonces lo que usted pretende es arras trarlos en su ruina... Es un egoísmo a qu no tiene usted derecho.

LORENZO. La Ley me lo concede.

ANTONIO. Yo estoy aquí para evitar ese error d la Ley.

LORENZO. ¡Lo veremos!... Si se me niega el ampar que mi mujer y mis hijos tienen la obliga ción de darme...

ANTONIO. ¿Cómo?

LORENZO. Como sea. Yo nada exijo. Me conform con lo irremediable.

ANTONIO. ¿En esta casa?... ¡Sería usted capaz!

LORENZO. En la de mi mujer, que es la mía.

ANTONIO. ¡Nunca! ¡Si su envilecimiento no le dej ver lo repugnante de esa proposición, l dignidad de esa mujer y la mía, no lo cor sienten!

LORENZO. ¿De modo que se me condena a morir?..

¿Se me arroja como a una alimaña despreciable?...

ANTONIO. No merece otra cosa quien llegó a un rebajamiento tan vergonzoso... ¡Váyase!... No podemos seguir hablando, no nos entenderíamos nunca!... ¡Váyase! (*Lorenzo saca rápidamente el puñal y se lanza sobre Antonio diciendo:*)

LORENZO. ¡No será sin que ella y tú paguéis caro vuestro egoísmo!

ANTONIO. (*Cortándole la acción, sujetándole.*) ¡Ah! ¡Miserable!... ¡Asesino también!... ¡Suelta!... ¡Suelta!... (*Le oprime fuertemente el brazo, se apodera del puñal y en la breve lucha, venciéndole fácilmente, le arroja al suelo y le amenaza con el arma.*)

ESCENA XI

DICHOS Y EMILIA

EMILIA. (*Aparece demudada, se lanza sobre Antonio queriendo impedir que mate a Lorenzo.*) ¡Antonio!... ¡Antonio!... ¡Por piedad!...

ANTONIO. ¡No, no le mato!... ¡No quiero manchar mi honradez con la sangre vil de un canalla!... ¡No quiero perderme, por ti, y por ellos!... ¡Levántate!... ¡Ya viste que la

fuerza está con la razón! (*Lorenzo, aco bardado, humillado, como una besti maltratada, se levanta y mira con odi y terror.*)

LORENZO. ¡Ni así puedo!

ANTONIO. ¡Vete!... ¡Vete!... Y por si aun te qued un resto de dignidad, ¡toma! (*Le arroj el puñal, del que se apodera Lorenzo.*)

EMILIA. ¡Antonio!..

ANTONIO. Nada temas; es un codarde. (*Lorenzo con el arma en la mano, se recoge duda; pero ante la mirada imperiosa d Antonio, su cobardía le contiene, y co un gesto como de desprecio de sí mismo huye por el fondo.*)

ESCENA XII

EMILIA, ANTONIO y PETRA (*dentro*)

EMILIA. ¡Y yo quise a ese hombre!... ¡Y él es e padre de mis hijos!... ¡Antonio, Antonic qué desgracia!

ANTONIO. No, mujer... Ya ni compasión merece.. Si no fuera un malvado, yo sentiría re mordimiento de conciencia... ¡Así, no!

EMILIA. ¡Pero ya nuestra vida será un constant sobresalto, una dolorosa inquietud!

ANTONIO. ¿Por qué ha de serlo?... Ese hombre n

se atreverá a volver nunca. (*Se oye lejano un grito angustioso de Petra.*)

PETRA. ¡Ay!

EMILIA. (*Con un movimiento de terror y mirando hacia el fondo.*) ¿Has oído, Antonio?

ANTONIO. ¿Qué?

EMILIA. Un grito; una voz de mujer... ¡Acaso de mi hija!... ¡Dios mío!

ANTONIO. ¡No, no te alteres! (*Los dos se precipitan a la puerta; Emilia desaparece seguida por Antonio. Un momento de pausa.*) ¿Qué ocurre?

EMILIA. ¿Qué ha sido, Petra? (*Entran en escena Emilia, Antonio y Petra, ésta muy emocionada.*)

PETRA. ¡Jesús!... ¡No puedo hablar del susto!

ANTONIO. ¿Qué fué?

PETRA. ¡Ese hombre!...

EMILIA. ¿Lorenzo?

PETRA. Sí. Bajaba al entrar yo, y en el mismo portal... junto a mí talmente...

ANTONIO. ¿Qué?... ¡Acabe!

PETRA. ¡Se clavó un cuchillo en el pecho... cayó de bruces!... ¡Horroroso!

EMILIA. ¡Virgen santa!

ANTONIO. ¡Una desdicha, sí!... Compadezcámosle... Pero que nada sepan tus hijos... ¡Calla por ellos, que ahora es cuando tienen un verdadero padre!

TELÓN

PRECIO: DOS PESETAS